1859

TEATRO
MODERNO

E. SERRANO

50 CTS

ENRIQUE IBSEN

CASA DE MUÑECAS

Gago
XXXI

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/casademuecasdram2666ibse

EL TEATRO
MODERNO
Director: LUIS ARIARTE

Henrik
Enrique Ibsen

1828-1906

LL

CASA DE MUÑECAS

DRAMA EN TRES ACTOS

PRENSA MODERNA
MADRID

AÑO VII 27 - VI - 1931 NÚM. 301

PERSONAJES

Helmer, abogado ; *Nora,* su mujer ; *Ibar, Bob, Emmy,* sus hijos ; el doctor *Rank; Cristina,* amiga de *Nora; Krogstad,* abogado ; *Mariana, Elena,* un *Mozo de cuerda.*

La acción en Noruega. Epoca contemporánea.

ACTO PRIMERO

Habitación amueblada con gusto y comodidad, aunque sin lujo. En el fondo, a la derecha, la puerta de la antecámara, y a la izquierda la del despacho de Helmer. Entre estas dos puertas, un piano. A la izquierda de la escena, una puerta, y más acá, una ventana. Cerca de la ventana, un velador, un sillón y un divancito. A la derecha, algo hacia el fondo, una puerta, y en primer término una chimenea, delante de la cual hay algunas butacas y una mecedora. Entre la chimenea y la puerta, una mesita. En las paredes, grabados. Un mueble con vajilla y otros objetos de arte. Un armarito lleno de libros lujosamente encuadernados. El suelo, alfombrado. La chimenea está encendida. Día de invierno.

ESCENA I

Nora, Elena y un *Mozo de cuerda;* luego *Helmer.*

(Se oye un campanillazo en la antecámara, y luego Elena abre la puerta. Entra Nora tarareando alegremente. Va con sombrero y abrigo, y con varios paquetes, que deposita sobre la mesa de la derecha. Deja abierta la puerta de la antecámara, donde se ve un mozo portador de un árbol de Navidad y una cesta, cuyos objetos entrega a la doncella.)

NORA Esconde bien el árbol de Navidad, Elena. Que no lo vean los niños hasta esta noche, cuando esté arreglado. *(Al mozo, sacando el portamonedas.)* ¿Qué le debo?

MOZO Media corona.

NORA Ahí va una. *(El mozo saluda y vase. Nora cierra la puerta. Continúa sonriendo alegremente mientras se quita el sombrero y el abrigo. Luego saca del bolsillo un cucurucho de almendras y come dos o tres; va de puntillas a la puerta del despacho de su marido y escucha.)* ¡Ah, está en el despacho! *(Vuelve a tararear y va a la mesa de la derecha.)*

HELME. *(Desde dentro.)* ¿Es mi alondra la que así gorjea?

NORA *(Abriendo paquetes.)* Sí.
HELME. ¿Es mi ardilla la que bulle?
NORA ¡Sí!
HELME. ¿Cuándo vino la ardilla?
NORA Ahora mismo. *(Guárdase el cucurucho de confites en el bolsillo y se limpia la boca.)* Ven aquí, Torvaldo; mira lo que he comprado.
HELME. No me interrumpas. *(Poco después abre la puerta; aparece con la pluma en la mano y dirige una ojeada a la habitación.)* ¿Comprado, dices? ¿Todo eso? ¿Otra vez ha encontrado la niñita manera de gastar dinero?
NORA ¡Pero Torvaldo! Este año bien podemos hacer algunos gastos más. Es la primera Navidad en que no hemos de andar con escaseces.
HELME. Sí..., pero no debemos ser pródigos.
NORA Un poco, Torvaldo; un poquitín, ¿no? Ahora que vas a cobrar un sueldo crecido y que ganarás mucho, mucho dinero...
HELME. Sí, a partir de año nuevo: todavía pasará un trimestre antes de percibir nada.
NORA ¿Y eso qué le hace? Entretanto se pide prestado.
HELME. ¡Nora! *(Se acerca a ella y le tira de una oreja en broma.)* ¡Siempre esa ligereza! Suponte que pido prestadas hoy mil coronas, que las gastas durante las Pascuas de Navidad, que la víspera de Año Nuevo me cae una teja en la cabeza y que...
NORA *(Tapándole la boca con la mano.)* Cállate y no digas esas cosas.
HELME. Pero figúrate que sucediese. ¿Qué ocurriría?
NORA Si sucediese tal cosa..., pues lo mismo me daba tener deudas que no tenerlas.
HELME. ¿Y las personas que me hubiesen prestado el dinero?
NORA ¿Esas personas? ¿Quién se ocupa de ellas? Son extraños.
HELME. Nora, Nora, eres una verdadera mujer. En serio, nenita, ya sabes mis ideas sobre este punto. Nada de deudas, nada de préstamos. En toda casa agobiada de deudas y de préstamos se introduce una especie de esclavitud, un no sé qué de mal cariz

que previene en contra. Hasta aquí los dos nos hemos hecho firmes y sabremos resistir otro tanto durante el poco tiempo de prueba que nos queda.

NORA *(Acercándose a la chimenea.)* Bien ; como tú quieras, Torvaldo.

HELME. *(Siguiéndola.)* Vamos, vamos ; la alondra no ha de andar alicaída. ¿Qué? ¿Ahora salimos con que la ardilla tuerce el gesto? *(Abre su portamonedas.)* Nora, ¿qué dirás que tengo aquí?

NORA *(Volviéndose con viveza.)* Dinero.

HELME. Mira. *(Le da algunos billetes.)* ¡Dios mío! ¿Sabré yo los muchos gastos que hay en una casa cuando se acerca Navidad?

NORA *(Contando.)* Diez, veinte, treinta, cuarenta. Gracias, Torvaldo. Con esto ya tengo yo para ir tirando algún tiempo.

HELME. No habrá más remedio.

NORA Se hará así, descuida. Pero ven aquí. Voy a enseñarte lo que he comprado, y ¡tan barato! Mira : un traje nuevo para Ivar y un sable ; un caballo y una trompeta para Bob, y una muñeca con una cama para Emmy... de lo más ordinario, porque en seguida lo rompe. Y aquí tienes delantales y telas para las muchachas. La buena Mariana merecía mucho más que esto, pero...

HELME. Y en ese paquete, ¿qué hay?

NORA *(Profiriendo un ligero grito.)* No, Torvaldo ; eso no lo has de ver hasta esta noche.

HELME. Bien, bien. Pero dime, manirrotita, ¿qué te gustaría a ti?

NORA ¡Bah! ¡Yo no me preocupo para nada de mí!

HELME. Lo creeré si te empeñas. Vamos, dime algo que te tiente, una cosa puesta en razón...

NORA Si de veras no sé. Y eso que... oye, Torvaldo...

HELME. Vamos a ver.

NORA *(Jugueteando con los botones de la americana de su marido, sin mirarlo.)* Si estás decidido a darme algo, podrías..., podrías...

HELME. Vamos, acaba.

NORA *(De un tirón.)* Podrías darme dinero, Torvaldo. ¡Oh! Poca cosa ; lo que puedas ; con eso me compraría yo algo cualquiera de estos días.

HELME. ¡Pero, Nora!...

NORA ¡Vaya, que sí! Lo vas a hacer, Torvaldito. Te lo ruego. Colgaré el dinero del árbol envuelto en un papel dorado muy bonito. ¿No hará buen efecto?

HELME. ¿Cómo se llama el pájaro que está despilfarrando siempre?

NORA Sí, sí, el estornino, ya lo sé. Pero haz lo que te digo, Torvaldo; así tendré tiempo para pensar en algo útil. ¿No es lo más razonable, di?

HELME. *(Sonriendo.)* Si supieses emplear el dinero que te doy y comprar realmente alguna cosa, sí; pero desaparece en la casa, se evapora en mil pequeñeces y luego tengo yo que volver a aflojar la bolsa.

NORA ¡Qué cosas tienes, Torvaldo!...

HELME. Es la pura verdad, Norita mía. *(La coge de la cintura.)* El estornino es muy bonito, ¡pero necesita tanto dinero!... ¡Es increíble lo que cuesta a un hombre poseer un estornino!

NORA ¿Pero cómo puedes decir eso? Yo ahorro todo lo que puedo, como ésta es luz.

HELME. ¡Oh! Eso no tiene vuelta de hoja. Todo lo que puedes, sólo que no puedes nada.

NORA *(Tarareando y sonriendo alegremente.)* ¡Si supieses cuántos gastos tenemos las alondras y ardillas!

HELME. Eres una criatura original. Lo mismo que tu padre, quien lleno de celo y de voluntad se afanaba para ganar dinero; y a ti, como a él, así que lo tienes, se te escurre de las manos y no sabes nunca a dónde va a parar. En fin, hay que tomarte como eres. Sí, sí, Nora; esas cosas son indudablemente hereditarias.

NORA Bien quisiera yo haber heredado muchas cualidades de papá.

HELME. Pero yo no te quiero de otra manera que tal y como eres, adorada alondra. *(Pausa.)* Pero oye, te encuentro hoy no sé cómo... Tienes una cara así..., un poco inquieta.

NORA ¿Yo?

HELME. Sí, tú. Mírame bien a los ojos. *(Nora lo mira.)*

¿Habrá hecho la golosuela alguna escapatoria por la ciudad?

NORA No. ¿Por qué dices eso?

HELME. ¿De veras no ha metido la nariz de golosilla en la confitería?

NORA No; te lo aseguro, Torvaldo.

HELME. ¿No ha olido siquiera los dulces?

NORA Ni remotamente.

HELME. ¿No ha mascullado dos o tres almendras?

NORA Que no, Torvaldo; te aseguro que no.

HELME. Bien, mujer, bien; te lo digo en broma.

NORA *(Acercándose a la mesa de la derecha.)* Ni por soñación podría ocurrírseme hacer una cosa que te desagrade. Puedes estar bien seguro.

HELME. No, si lo sé. ¿No me has dado palabra?... *(Aproximándose a Nora.)* Vamos, guárdate para ti tus misterios de Navidad, que nosotros ya lo sabremos esta noche cuando se descubra el árbol.

NORA ¿Has pensado en convidar a comer al doctor Rank?

HELME. No, ni hace falta, puesto que ya lo sabe. Sin embargo, lo convidaré dentro de poco, cuando venga He encargado buen vino. Nora, no puedes figurarte mi alegría y los deseos que tengo de que llegue la noche.

NORA Lo propio te digo. ¡Y qué alegría la que van a tener los niños, Torvaldo!

HELME. ¡Ah! Es una dicha pensar que ha llegado uno a una situación estable, asegurada, que dispone con holgura de cuanto necesita. ¿No es verdad? Es una dicha inmensa pensarlo.

NORA ¡Oh! ¡Es cosa maravillosa! Parece un sueño.

HELME. ¿No te acuerdas de la última Navidad? Tres semanas antes te encerrabas tú todas las noches, después de las doce, con el objeto de hacer flores para el árbol de Navidad y de prepararnos otras mil sorpresas... ¡Uf! Es la época más aburrida que recuerdo.

NORA Pues yo no me aburría nada.

HELME. *(Sonriendo.)* Sea; mas el resultado fué bastante deplorable, Nora.

NORA ¡Bueno! ¿Aun vas a hacerme rabiar con eso?

¿Tengo yo la culpa de que entrase el gato y lo hiciese trizas todo?

HELME. Claro que no, Norita; ¿cómo había de ser culpa tuya? Tú tenías los mejores deseos de que nos divirtiésemos todos, y eso es lo esencial. Pero bueno es que hayan pasado aquellos malos tiempos.

NORA Es verdad; yo apenas me lo creo; parece un sueño.

HELME. Ahora ya no me aburriré encerrado a solas ni tú tendrás que atormentar tus queridos ojos y tus lindas manitas.

NORA *(Palmoteando.)* No, ¿verdad que no, Torvaldo? ¡Qué gusto, Dios mío! *(Se coge del brazo de su marido.)* Ahora voy a contarte cómo he pensado que nos arreglemos después de pasar las Navidades... *(Se oye llamar.)* Llaman. *(Arregla las butacas.)* Vendrá alguien. ¡Qué fastidio!

HELME. *(Disponiéndose para entrar en su despacho.)* Si es una visita, ya sabes que no estoy para nadie.

ESCENA II

Dichos y *Elena.*

ELENA *(Desde la puerta de entrada.)* Señorita, pregunta por usted una señora...

NORA Que pase.

ELENA *(A Helmer.)* Ha venido al mismo tiempo el señor doctor.

HELME. ¿Ha pasado a mi despacho?

ELENA Sí, señor. *(Helmer entra en su despacho. La doncella hace pasar a Cristina, que aparece en traje de viaje, y después cierra la puerta.)*

ESCENA III

Cristina y *Nora.*

CRISTI. *(Tímidamente, con alguna perplejidad.)* Buenos días, Nora.

NORA *(Indecisa.)* Buenos días...

CRISTI. ¿No me conoces?

NORA En efecto..., no sé... ¡Ah! sí, me parece... *(Lanzando una exclamación.)* ¡Cristina! ¿Eres tú?

CRISTI. Sí, la misma.

NORA ¡Cristina! ¡Y yo no te conocía! Pero ¿quién había de...? *(Más bajo.)* ¡Has cambiado tanto!

CRISTI. Es verdad. Desde hace nueve..., diez años cumplidos.

NORA ¿Pero es posible que haga tanto tiempo que no nos hemos visto? Sí..., sí, eso es. ¡Oh! Estos ocho últimos años, ¡qué época tan feliz! ¡Si supieses!... ¿Conque te tenemos aquí? ¿Y te has atrevido a hacer este viaje tan largo en pleno invierno? Eres muy valiente.

CRISTI. Pues ya lo ves: llegué en el vapor esta mañana.

NORA Para pasar las Pascuas, naturalmente. ¡Qué alegría! ¡Como nos vamos a divertir! Pero quítate el abrigo. No tendrás frío, ¿eh? *(La ayuda.)* ¡Ajajá! Ahora nos sentaremos a la chimenea cómodamente. Pero, no; ponte en esa butaca; yo tomo la mecedora; es mi sitio. *(La coge las manos.)* Pues sí; ahora va reconozco tu simpática cara..., pero de momento..., ¿sabes?... Sin embargo, estás un poco más pálida, Cristina, y algo más delgada también.

CRISTI. Además he envejecido mucho, mucho.

NORA Sí, un poquito, un poquito quizá...; pero no tanto. *(Se detiene de repente y añade en tono serio.)* ¡Oh! ¡Qué loca estoy! Estoy aquí cotorreando en tanto que... Mi querida y buena Cristina, ¿me perdonas?

CRISTI. ¿Qué quieres decir, Nora?

NORA *(Con dulzura.)* ¡Pobre Cristina! Te has quedado viuda.

CRISTI. Sí, hace tres años.

NORA Lo sabía; lo he leído en los periódicos. ¡Oh! Cristina, puedes creerme; pensé muchas veces escribirte en aquella época...; pero aplazaba la carta de día en día y luego siempre se presentaba algún impedimento.

CRISTI. ¡Bah! Son cosas que no me extrañan.

NORA Pues mira, está muy mal hecho. ¡Pobre amiga!

¡Por qué trances has debido pasar! ¿No te ha quedado nada con qué vivir?

CRISTI. No.

NORA ¿E hijos?

CRISTI. Tampoco.

NORA ¿Nada entonces?

CRISTI. Nada; ni siquiera duelo en el corazón, ni una de esas penas que absorben.

NORA *(Con mirada de incredulidad.)* A ver, a ver, Cristina. ¿Cómo puede ser eso?

CRISTI. *(Sonriendo amargamente y pasándose la mano por el pelo.)* Así sucede a veces, Nora.

NORA Sola en el mundo. ¡Qué pena debe ser para ti! Yo tengo tres chicos hermosos. De momento no puedes verlos, porque han salido con el aya. Vamos, cuéntamelo todo.

CRISTI. Después; primero, tú.

NORA No; a ti te toca hablar. Hoy no quiero ser egoísta..., no quiero pensar más que en ti. Una cosa quiero decirte en seguida. ¿Sabes el fortunón que hemos tenido estos días?

CRISTI. No. ¿Qué ha sido ello?

NORA ¡Calcula! Que han hecho a mi marido director del Banco.

CRISTI. ¿A tu marido? ¡Oh qué suerte!

NORA ¿Verdad? ¡Es una situación tan precaria la de un abogado, sobre todo cuando no quiere encargarse más que de causas buenas!... Y eso era, naturalmente, lo que hacía Torvaldo, y con lo cual me hallo absolutamente conforme. Figúrate si estaremos contentos. Debe desempeñar su cargo desde Año Nuevo, y entonces tendrá un buen sueldecito, con infinidad de utilidades: lo que hará que vivamos muy de otra manera que hasta aquí... Completamente a nuestro gusto. ¡Oh, Cristina! ¡Qué dicha y qué contento! Créete que es una delicia tener mucho dinero y estar libre de preocupaciones. ¿No te parece?

CRISTI. ¿Qué duda cabe? Por lo menos, debe ser cosa excelente tener lo necesario.

NORA No; lo necesario nada más, no, sino mucho, muchísimo dinero.

CRISTI. *(Sonriendo.)* Nora, Nora, ¿todavía no has aprendido a tener juicio a estas fechas? En el colegio eras una despilfarrona.

NORA *(Sonriendo dulcemente.)* Torvaldo supone que lo soy aún. Pero *(Amenazando con el dedo.)* Nora no es tan loca como creéis. ¡Ah! La verdad es que hasta aquí no tuve cosa que derrochar. Hemos tenido que trabajar los dos.

CRISTI. ¿Tú también?

NORA Sí, menudencias; labores de mano, de gancho, bordados, etc. *(Cambiando de tono.)* Y, además, otra cosa. Sabes ya que Torvaldo dejó el ministerio cuando nos casamos. En la oficina no podía esparar ascender, y necesitaba ganar más dinero que antes. Pero en el primer año estuvo muy sobrecargado de trabajo. Figúrate: tenía que buscar toda clase de ocupaciones y trabajar desde la mañana hasta la noche. Abusó de sus fuerzas y cayó gravemente enfermo. Entonces los médicos dijeron que tenía que ir al Mediodía.

CRISTI. Es verdad; pasasteis un año en Italia.

NORA Sí. Como comprendes, no era muy fácil ponerse en camino. Acababa de nacer Ivar. Pero no hubo otro remedio. ¡Oh! ¡El viaje fué una maravilla, la cosa más hermosa! ¡Y salvó la vida a Torvaldo! ¡Pero el dinero que nos costó, Cristina!

CRISTI. Ya me lo figuro.

NORA Mil doscientos escudos..., cuatro mil ochocientas coronas. Es algún dinero, ¿eh?

CRISTI. Sí, y no es poca suerte tenerlo en tales ocasiones.

NORA Te diré: nos lo dió papá.

CRISTI. ¡Ah, ya! Y si mal no recuerdo, fué precisamente poco antes de morir.

NORA Sí, Cristina; precisamente entonces. Y ya ves, no pude ir a asistirlo. Esperaba de un día a otro el nacimiento de Ivar ¡y el pobre Torvaldo moribundo y necesitando que yo lo cuidase! ¡Mi buen papá! No lo volví a ver. ¡Oh! ¡Es la pena más cruel que he tenido que sufrir desde mi matrimonio!

CRISTI. Ya sé que lo querías mucho. ¿De suerte que después os fuisteis a Italia?

NORA Sí; teníamos el dinero y los médicos insistían Marchamos al cabo de un mes.

CRISTI. ¿Y tu marido volvió enteramente repuesto?

NORA Era un encanto.

CRISTI. ¿Y... ese médico?

NORA ¿Qué quieres decir?

CRISTI. Recuerdo que la doncella anunció al doctor, dejando pasar a un caballero al mismo tiempo que a mí.

NORA En efecto, era el doctor Rank. No viene como médico. Es nuestro mejor amigo y nos visita una vez al día por lo menos. No; Torvaldo no ha tenido la más ligera indisposición desde entonces. Los niños están también tan sanos y tan frescos, y yo lo mismo. *(Se levanta de un salto y palmotea.)* ¡Dios mío, Dios mío, Cristina, qué delicia vivir y estar contentos!... ¡Ah! Pero es una vergüenza... No hablo más que de mis cosas. *(Se sienta en un taburete al lado de Cristina y se recuesta en sus rodillas.)* ¿No lo tomarás a mal? Dime, ¿de veras no querías a tu marido? Entonces, ¿por qué te casaste con él?

CRISTI. Vivía aún mi madre, enferma y sin apoyo, y además tenía que cuidar a mis dos hermanitos. No me creí con derecho a rehusar su petición.

NORA Sí, sí; por lo que respecta a esto, obraste bien. ¿De modo que era rico en aquella fecha?

CRISTI. Creo que tenía una posición desahogada. Pero era una fortuna poco sólida y a su muerte se deshizo todo, sin quedar nada.

NORA ¿Y entonces?...

CRISTI. Tuve que ver de salir adelante con una ocupación, regentando un pequeño colegio..., ¡qué sé yo! Los tres años últimos no fueron para mí más que un largo día de trabajo sin reposo. Ahora todo ha concluído, Nora. Mi pobre madre no me necesita ya: la he perdido; los hermanos, tampoco; al presente pueden subvenir a sus necesidades por sí mismos.

NORA ¡Qué alivio debes sentir!

CRISTI. No, Nora; no me queda ya nada más que una vida insoportable. ¡No tener nadie a quien consa-

grarme! *(Se levanta, inquieta.)* Así es que no he podido permanecer allá en aquel rincón escondido. Aquí debe ser más fácil absorberse en una ocupación, distraerse una de sus pensamientos. ¡Si fuese siquiera lo bastante afortunada para encontrar una colocación, trabajo de oficina!...

NORA ¿Piensas en eso? ¡Tan fatigoso, y tú que necesitas descanso! Mas te valdría ir a los baños.

CRISTI. *(Acercándose a la ventana.)* Yo no tengo un papá que me pague el viaje.

NORA *(Levantándose.)* ¡Vamos! No estés de mal humor.

CRISTI. Tú eres la que no ha de enfadarse conmigo, querida Nora. Lo peor que tiene una situación como la mía es que ¡se agria un tanto!... No se tiene a nadie por quién trabajar, y, a pesar de todo, hay que hacer lo indecible para ganarse la subsistencia, porque hay que vivir. Y así se vuelve una egoísta. ¿Qué te diré? Cuando me participaste hace un momento vuestro cambio de fortuna, me he alegrado por mí más que por ti.

NORA ¿Cómo?... ¡Ah, bueno!... Ya estoy. Te habrás dicho que Torvaldo puede serte útil.

CRISTI. Sí; lo he pensado.

NORA Y lo será, Cristina. Yo prepararé el terreno con delicadeza; idearé alguna cosa grata que predisponga bien a Torvaldo. ¡Oh! ¡Tengo tantos deseos de servirte!...

CRISTI. ¡Cuánto es de agradecer tanta solicitud, Nora!... Doble de agradecer en ti, que conoces tan poco las miserias y los sinsabores de la vida.

NORA ¿Yo?... ¿Tú crees eso?

CRISTI. *(Sonriendo.)* ¡Por Dios! Laborcitas de mano y monerías por el estilo... Eres una niña, Nora.

NORA *(Moviendo la cabeza y atravesando la escena.)* No hables de ello con esa ligereza.

CRISTI. ¿Sí?

NORA Eres como los demás. Todos creéis que no valgo para nada serio...

CRISTI. ¡Vamos, vamos!...

NORA Que no tengo ninguna idea de las dificultades de la vida...

CRISTI. Pero, querida Nora, acabas de contarme toda tus dificultades.

NORA ¡Bah !... ¡Esas bagatelas !... *(En voz baja.)* No te he contado lo principal.

CRISTI. ¿Qué me dices?

NORA Me miras desde la cumbre de tu grandeza, Cristina, y no deberíais hacerlo. Tú estás orgullosa de haber trabajado tanto por tu madre.

CRISTI. No miro a nadie desde la cumbre de mi grandeza aunque es cierto que me satisface y me enorgullece el pensar que, gracias a mí, mi madre pasó tranquilamente sus últimos días.

NORA Y te enorgullece asimismo el pensar lo que has hecho por tus hermanos.

CRISTI. Me parece que tengo derecho.

NORA Así lo creo. Ahora voy a decirte una cosa, Cristina. Yo también tengo un motivo de alegría y de orgullo.

CRISTI. No lo dudo. Pero a ver, explícate.

NORA Habla más bajo, no sea que Torvaldo nos oiga. Por nada del mundo querría que él... No debe saberlo nadie, Cristina ; nadie más que tú.

CRISTI. Pero ¿qué es ello?

NORA Acércate más. *(Atrayéndola a su lado.)* Sí... Escucha... Yo también puedo estar orgullosa y satisfecha. Yo salvé la vida de Torvaldo.

CRISTI. ¿Salvar?... ¿Cómo salvar?

NORA ¿Te he hablado del viaje a Italia, no es esto? Torvaldo no viviría hoy si no hubiese podido ir al Mediodía...

CRISTI. Bien ; pero tu padre os dió el dinero necesario.

NORA *(Sonriendo.)* Sí, eso es lo que cree Torvaldo y todo el mundo ; pero...

CRISTI. ¿Pero?...

NORA Papá no nos dió un céntimo. Yo fuí la que me procuré el dinero.

CRISTI. ¿Tú? ¿Una cantidad tan grande?...

NORA Mil doscientos escudos... Cuatro mil ochocientas coronas. ¿Qué dices tú a eso?

CRISTI. Pero, Nora, ¿cómo te areglaste?... ¿Te cayó la lotería?

NORA *(En tono desdeñoso.)* ¿La lotería? *(Con un ademán de desdén.)* ¿Qué gracia tendría eso?

CRISTI. Pero en tal caso, ¿de dónde lo sacaste?

NORA *(Sonriendo con aire de misterio y tarareando.)* ¡Jem! ¡Ta-ra-ra-la!

CRISTI. Prestado no pudo ser.

NORA ¿Por qué no?

CRISTI. Porque una mujer casada no puede tomar a préstamo sin el consentimiento de su marido.

NORA *(Moviendo la cabeza.)* ¡Oh! Cuando se trata de una mujer un poco práctica..., de una mujer que sabe manejarse con destreza...

CRISTI. Nora, no caigo por mas que me devano los sesos.

NORA No es menester que te tomes la molestia. Nadie dice que me hayan prestado ese dinero. He podido hacerme con él de otro modo. *(Se deja caer en el sofá.)* Pude recibirlo de un adorador. ¿Eh? Con mi palmito...

CRISTI. ¡Qué loca eres!

NORA Confiesa que tienes una curiosidad terrible.

CRISTI. Dime, querida Nora: ¿no habrás obrado a la ligera?

NORA *(Irguiéndose.)* ¿Es ligereza salvar una la vida a su marido?

CRISTI. Lo que a mí me parece una ligereza es que a sus espaldas...

NORA ¡Pues si la cuestión era que no supiese nada! ¡Por Dios! ¿No comprendes? Se trataba de que no conociese la gravedad de su estado. A mí es a quien vinieron a decirme los médicos que su vida peligraba y que no podía salvarse más que pasando una temporada en el Mediodía. ¿Cómo no había de valerme de mañas? Le ponderaba lo que me gustaría ir a viajar por el extranjero como las otras mujeres; lloraba, suplicaba y le decía que era menester que se hiciese cargo de mi estado y que accediera a mi deseo; en fin, le di a entender que bien podría tomar dinero a rédito. Pero entonces, Cristina, le faltó muy poco para irritarse. Me contestó que era una aturdida, y que su deber de marido era no doblegarse a mis caprichos. «Bueno, bueno—díjeme

yo—; se le salvará cueste lo que cueste.» Entonces fué cuando di con un medio.

CRISTI. ¿Y tu marido no supo por tu padre que el dinero no procedía de él?

NORA Papá murió a los pocos días. Yo había pensado confesárselo todo, pidiéndole que no me hiciese traición; pero ¡estaba tan mal! ¡Ay, no tuve que dar ese paso!

CRISTI. ¿Y después no has revelado nada a tu marido?

NORA ¡No! ¿En qué piensas? ¡A él, tan severo en ese punto! Y luego que, con su amor propio de hombre, le sabría muy mal! ¡Qué humillación! ¡Saber que me debía algo! Eso hubiese venido a transformar todas nuestras relaciones; nuestra vida doméstica, tan venturosa, no sería ya lo que es.

CRISTI. ¿Y no le hablarás de eso nunca?

NORA *(Reflexionando y sonriendo a medias.)* Puede que... con el tiempo; después que pasen muchos, muchos años, cuando yo no sea ya tan bonita como ahora. ¡No te rías! Quiero decir cuando Torvaldo no me quiera ya tanto; cuando ya no disfrute en verme bailar, disfrazarme y declamar para su entretenimiento. Bueno será quizá tener para entonces algo a qué agarrarse... *(Deteniéndose.)* ¡Bah, ese día no llegará nunca!... Con que, Cristina, ¿qué te parece mi gran secreto? También yo sirvo para algo... Puedes creer que este asunto me trajo muchas preocupaciones. ¡Caramba! No me era fácil cumplir a plazo fijo, porque has de saber que en estos asuntos hay una cosa llamada los vencimientos y otra que se denomina la amortización, y todo eso es endiabladamente peliagudo de arreglar. He tenido que rebañar por todas partes. De los gastos de la casa no podía cercenar mucho; era menester que Torvaldo viviese cómodamente. Los niños tampoco podían andar mal vestidos. Todo lo que recibía para ellos me parecía cosa suya. ¡Angelitos míos!

CRISTI. ¿De suerte que todo eso, pobre Nora, lo has tenido que sacar de tus gastos particulares?

NORA Naturalmente. Por otra parte, era justo. Siempre que Torvaldo me daba dinero para mis cosas, no gastaba sino la mitad ; compraba siempre de lo menos caro. Es una suerte que todo me siente bien, porque así Torvaldo no ha notado nada. Pero a veces se me hace duro, Cristina. ¡Halaga tanto ir elegante ! ¿No es verdad?

CRISTI. ¡Ya lo creo !

NORA Cuento aún con otros ingresos. El invierno pasado tuve la suerte de encontrar muchas copias. Entonces me encerraba y escribía hasta hora muy avanzada de la noche. ¡Oh ! ¡A menudo me sentía fatigada, fatigadísima ! Pero era un gusto trabajar para ganar dinero. Casi me parecía que era un hombre.

CRISTI. ¿Cuánto has podido pagar así?

NORA No podría decírtelo con fijeza. Hija, es muy difícil desenredarse en esta clase de negocios. Lo único que sé es que he pagado cuanto he podido. Muchas veces no sabía a dónde volver los ojos. *(Sonríe.)* Entonces me daba a pensar que un viejo muy rico se había enamorado de mí...

CRISTI. ¡Cómo ! ¿Qué viejo?

NORA ¡Tonterías !... Que se moría, y que al abrir su testamento se leía en letras muy grandes : «Toda mi fortuna pertenece a la encantadora señora de Helmer.»

CRISTI. Pero, querida Nora, ¿qué viejo es ese?

NORA ¡Dios mío ! ¿No comprendes, mujer? No hay tal viejo ; es una idea que se me ocurría siempre que no veía modo de procurarme dinero. Por fin, ahora todo eso es indiferente. El viejo puede estar donde le plazca ; me tienen sin cuidado él y su testamento, porque ya estoy tranquila. *(Se levanta con viveza.)* ¡Dios mío ! ¡Qué dicha pensarlo ! ¡Tranquila ! ¡Poder estar tranquila, completamente tranquila, jugar con los niños, arreglar bien la casa, con gusto, como Torvaldo quiere tenerla ! ¡Luego vendrá la primavera y el hermoso cielo azul ! Quizá podamos viajar un poco entonces. ¡Volver a ver el mar ! ¡Oh ! ¡Qué

cosa tan venturosa vivir y estar contentos. *(Llaman.)*

CRISTI. *(Levantándose.)* Llaman. ¿Me voy?

NORA No, quédate; no vendrá nadie; probablemente será preguntando por Torvaldo...

ESCENA IV

Dichos y *Elena;* luego *Krogstad.*

ELENA Perdone usted, señorita...; hay un caballero que desea hablar al abogado...

NORA Querrás decir al director del Banco.

ELENA Sí, señora; al director; pero como está el señor doctor ahí dentro..., no sabía...

KROG. *(Presentándose.)* Soy yo, señora. *(Elena sale. Cristina se estremece, se turba y se vuelve hacia la ventana.)*

NORA *(Dando un paso hacia él, turbada y a media voz.)* ¿Usted? ¿Qué hay? ¿Qué quiere usted decir a mi marido?

KROG. Es a propósito del Banco. Tengo allí un empleíto, y he oído decir que su marido de usted va a ser nuestro jefe...

NORA Es verdad.

KROG. Asuntos enojosos, señora; nada más que eso.

NORA Entonces tómese usted la molestia de entrar en el despacho. *(Le saluda con indiferencia, cerrando la puerta de la antecámara, y luego se dirige a la chimenea.)*

ESCENA V

Nora y *Cristina.*

CRISTI. Nora... ¿Quién es ese hombre?

NORA Es un abogado que se llama Krogstad.

CRISTI. ¡Ah! ¡El!...

NORA ¿Le conoces?

CRISTI. Lo conocí hace muchos años. Fué procurador en casa durante algún tiempo.

NORA Justo.

CRISTI. ¡Cómo ha cambiado!

NORA Creo que fué muy desgraciado en su matrimonio.

CRISTI. Ahora es viudo, ¿verdad?

NORA Sí, con una porción de hijos. ¡Pero me estoy achicharrando! *(Cierra la estufa y aparta la mecedora.)*

CRISTI. Dicen que se ocupa de toda clase de negocios.

NORA ¿Sí? Es posible; no sé... Pero no hablemos de negocios; ¡es una cosa tan fastidiosa!...

ESCENA VI

Dichos y Rank.

RANK *(Saliendo del cuarto de Helmer, con la puerta entreabierta.)* No, no; no quiero estorbarte; voy a ver a tu esposa un momento. *(Cierra la puerta y repara en la presencia de Cristina.)* ¡Ah, perdón! También aquí interrumpo.

NORA Nada de eso... *(Haciendo las presentaciones.)* El doctor Rank; la señora viuda de Linde.

RANK Un nombre que se pronuncia con frecuencia en esta casa. Creo haber pasado delante de usted al subir la escalera.

CRISTI. Sí; yo subo con trabajo.

RANK ¿Estará usted algo indispuesta?

CRISTI. Solamente me siento fatigada.

RANK ¿Nada más? ¿Entonces viene usted a descansar aquí probablemente, corriendo de fiesta en fiesta?

CRISTI. He venido a la ciudad en busca de trabajo.

RANK ¿Será ese un remedio eficaz contra el exceso de fatiga?

CRISTI. Hay que vivir, señor doctor.

RANK Sí, es una opinión general; se juzga que es una cosa necesaria.

NORA ¡Oh, doctor! Estoy segura que usted mismo tiene mucho apego a la vida.

RANK ¡Vaya si lo tengo! Mísero y todo como soy, he

resuelto sufrir el mayor tiempo posible. A mis pacientes les pasa lo propio. Y lo mismo opinan los aquejados de achaques morales. Ahora mismo acabo de dejar uno en el despacho de Helmer, un hombre en tratamiento: hay hospitales para enfermos de esa índole.

CRISTI. *(Con voz sorda.)* ¡Ah!

NORA ¿Qué quiere usted decir?

RANK ¡Oh! Hablo del abogado Krogstad; un hombre a quien usted no conoce. Está podrido hasta los huesos. Pues también ése afirma como una cosa de la mayor importancia que es necesario vivir.

NORA ¿De veras? ¿De qué hablaba con Helmer?

RANK Con seguridad no lo sé. Lo único que he oído es que se trataba del Banco.

NORA Yo no sabía que Krog..., que este señor Krogstad tuviese que ver con el Banco.

RANK Sí tal; se le ha dado una especie de empleo. *(Dirigiéndose a Cristina.)* No sé si también allá, entre ustedes, existen una especie de hombres que se afanan en desenterrar podredumbres morales, y, en cuanto topan con el individuo enfermo, lo ponen en observación, dándole una buena plaza. Los sanos se quedan fuera.

CRISTI. Hay que confesar que los enfermos son los que más cuidados necesitan.

RANK *(Encogiéndose de hombros.)* Bien dicho. Es un modo de ver que convierte la sociedad en un hospital. *(Nora, que ha permanecido abstraída en sus propios pensamientos, rompe a reír palmoteando.)* ¿Por qué se ríe usted? ¿Sabe usted siquiera lo que es la sociedad?

NORA ¿Y quién se ocupa de su insoportable sociedad de usted? Me reía de otra cosa..., ¡una cosa tan chusca!... Dígame usted, doctor... ¿Todos los que tienen empleos en el Banco dependerán en lo porvenir de mi marido?

RANK ¿Es eso lo que la divierte a usted?

NORA *(Sonriendo y tarareando.)* No haga usted caso. *(Da vueltas a la habitación.)* ¡Pensar que nosotros..., que Torvaldo tenga ahora tal influencia sobre tanta gente! En verdad, es muy divertido

y me parece increíble. *(Saca del bolsillo el cucurucho de almendras.)* ¿Quiere usted almendras, doctor?

RANK ¡Hola! ¿Almendritas? Yo creía que eso era contrabando aquí.

NORA Sí; pero éstas me las ha dado Cristina.

CRISTI. ¿Yo?

NORA Vamos, vamos, no te asustes. ¿Qué sabías tú si Torvaldo me lo ha prohibido? ¡Bah!... ¡Por una vez!... ¿Verdad, doctor?... ¡Tenga usted! *(Le pone una almendra en la boca.)* Y tú también, Cristina. Yo comeré una chiquitina..., dos a lo sumo. *(Empieza a dar vueltas por la habitación otra vez.)* Pues, señor, soy inmensamente feliz. Sólo de una cosa tengo todavía unas ganas terribles.

RANK Sepamos. ¿De qué se trata?

NORA Una cosa que me entran ganas irresistibles de decir delante de Torvaldo.

RANK ¿Y quién impide a usted decirla?

NORA No me atrevo; es demasiado fea.

CRISTI. ¿Fea?

RANK En ese caso vale más que la calle; pero a nosotros... Vaya, ¿qué es lo que tiene usted tantos deseos de decir delante de Torvaldo?

NORA Tengo unos deseos feroces de decir: «¡Rayos, truenos, huracanes!»

RANK ¡Qué loca es usted!

CRISTI. ¡Vamos, Nora!...

RANK Puede usted decírselo; aquí está.

NORA *(Escondiéndose las almendras.)* ¡Chis, chis! *(Sale Helmer de su habitación, con un paletó al brazo y el sombrero en la mano.)*

ESCENA VII

Dichos y Helmer.

NORA *(Adelantándose hacia él.)* ¡Qué! ¿Lograste sacudirte, Torvaldo?

HELME. Sí, acaba de marcharse.

NORA ¿Permites que te presente?... Es Cristina, que ha venido de fuera.
HELME. ¿Cristina?... Usted perdone, mas no sé...
NORA La señora de Linde, querido; La señora Cristina Linde.
HELME. ¡Ah, muy bien! ¿Una amiga de la infancia de mi mujer acaso?
CRISTI. Sí, señor; nos conocimos en otro tiempo.
NORA Y ya ves: ha hecho este viaje tan largo para hablarme.
HELME. ¿Cómo?
CRISTI. No sólo para eso...
NORA Cristina, para que lo sepas, entiende mucho de trabajos de oficina, y además tiene grandes deseos de estar a las órdenes de un hombre superior y de adquirir aun más experiencia.
HELME. Muy bien pensado, señora.
NORA Así que en cuanto supo por los telegramas de los periódicos que te habían hecho director del Banco, se puso en camino... ¿Verdad, Torvaldo, que harás algo en favor de Cristina por darme gusto? Di.
HELME. No es enteramente imposible. ¿La señora es probablemente viuda?
CRISTI. Sí.
HELME. ¿Y usted está acostumbrada a trabajos de oficina?
CRISTI. Sí, bastante.
HELME. Entonces es muy probable que pueda procurar a usted una plaza.
NORA *(Aplaudiendo.)* ¿Lo ves?
HELME. Llega usted en buena ocasión, señora.
CRISTI. ¿Cómo agradecer a usted?...
HELME. ¡Oh! No hablemos de eso. *(Se pone el abrigo.)* Pero hoy tendrá usted que dispensarme.
RANK Espera, que yo también vengo. *(Recoge su cuello de pieles de la antecámara y la calienta en la chimenea.)*
NORA No tardes mucho, Torvaldo.
HELME. Una hora nada más.
NORA ¿Te vas tú también, Cristina?
CRISTI. *(Poniéndose el abrigo.)* Necesito ir a buscar un alojamiento.

HELME. Podremos ir juntos una parte del camino.

NORA *(Ayudándola.)* ¡Qué fastidio que estemos tan estrechos!... Nos es completamente imposible.

CRISTI. ¿En qué piensas, mujer? Hasta la vista, querida Nora, y gracias.

NORA Hasta luego, porque esta noche no dejarás de venir. Y usted también, doctor. ¿Cómo? ¡Si se encuentra usted bastante bien!... ¿Qué va usted a decir? Se arropa, y nada más. *(Vanse hablando por la puerta de entrada. Se oyen voces de niños en la escalera.)*

NORA ¡Ya están aquí, ya están aquí! *(Corre a abrir. Aparece Mariana con los niños.)*

ESCENA VIII

Dichos, Mariana y los *niños.*

NORA ¡Entrad, entrad! *(Se baja para besarlos.)* ¡Oh! ¡Cielos míos! ¡Mira, cristina! ¿Verdad que son muy monos?

RANK No os quedéis ahí al paso del aire.

HELME. Vamos, señora de Linde; para quien no es madre quedarse ahora con Nora sería insoportable. *(El doctor Rank, Helmer y Cristina bajan la escalera. Entra Mariana con los niños. Nora lo hace luego de cerrar la puerta.)*

ESCENA IX

Nora, Mariana y los *niños.*

NORA ¡Qué caras tan animadas y tan frescas traéis! ¡Qué carrillos tan encarnados! Parecen manzanas y rosas. *(Todos los niños le hablan a la vez hasta el fin de la escena.)* ¿Os habéis divertido mucho? Muy bien. ¡Anda! ¿Conque tú has tirado del trineo llevando a Emmy y a Bob? ¿Es posible? ¡A los dos! ¡Ah! Si eres de lo más valiente, Ivar!... ¡Oh! Déjamela un momento, Mariana.

¡Muñequita mía! *(Coge a la niña menor y baila con ella.)* Sí, sí; mamá va a bailar con Bob también. ¿Cómo? ¿Habéis hecho bolas de nieve? ¡Oh! ¡Lo que hubiera dado por estar con vosotros! No; déjame, Mariana. Voy a desnudarlos yo. Déjame, mujer. ¡Si es tan entretenido! Entra ahí entretanto. Tienes cara de frío. En la cocina hay café caliente para ti. *(Vase Mariana por la puerta de la izquierda. Nora quita a los niños los abrigos y los sombreros y los va dejando desparramados. Los niños siguen hablando.)* ¡No puede ser! ¿Que os ha perseguido un perrazo? Pero no mordía. No, los perros no muerden a los niños monines como vosotros. ¡Eh! ¡Ivar, cuidado con mirar los paquetes! No, no; que hay dentro una cosa mala. ¿Qué? ¿Queréis jugar? ¿A qué? ¿Al escondite? ¡Sí, vamos a jugar al escondite! Que se esconda primero Bob. ¿Yo? ¡Bueno, pues yo! *(Nora y los niños se ponen a jugar, gritando y riendo, en la escena y en el cuarto de al lado. Al fin, Nora se esconde debajo de la mesa. Llegan los niños a todo correr y la buscan sin poder dar con ella. Oyen su risa ahogada, se precipitan hacia el velador, levantan el tapete y la descubren. Gritos de alegría. Nora sale a gatas como para asustarlos. Nueva explosión de alegría. En el interin han llamado, sin que nadie responda. Se entreabre la puerta y aparece Krogstad. Aguarda un instante. El juego continúa.)*

ESCENA X

Dichos y Krogstad.

KROG. Dispense usted, señora...

NORA *(Lanza un grito y se levanta a medias.)* ¿Qué desea usted?

KROG. Estaba entornada la puerta. Se habrán olvidado de cerrarla.

NORA *(Levantándose.)* Mi marido no está en casa, señor Krogstad.

KROG. Ya lo sé.
NORA Entonces... ¿qué quiere usted?
KROG. Decir a usted una palabra.
NORA ¿A mí?... *(Aparte a los niños.)* Andad con Mariana. ¿Qué?... No; el caballero de fuera no quiere hacer daño a mamá. Cuando se marche, seguiremos jugando. *(Acompaña a los niños al cuarto de la izquierda y cierra la puerta.)*

ESCENA XI

Nora y Krogstad.

NORA *(Inquieta, agitada.)* ¿Usted quiere hablarme?
KROG. Sí; lo deseo.
NORA ¿Hoy?... Pero no estamos aún a primeros de mes.
KROG. No; estamos en vísperas de Navidad. De usted depende que estas Navidades le traigan alegrías o penas.
NORA ¿Qué quiere usted? Hoy me es realmente imposible...
KROG. Por el momento, no hablaremos de eso. Se trata de una cosa muy distinta. ¿Puede usted concederme un instante?
NORA Sí, sí...; por más que...
KROG. Estando sentado en la fonda Olsen he visto pasar a su marido de usted...
NORA ¡Ah!
KROG. Con una señora.
NORA Bueno. ¿Y...?
KROG. ¿Puedo hacer a usted una pregunta? Esa señora era la viuda de Linde, ¿no es verdad?
NORA Sí.
KROG. ¿Acaba de llegar de fuera?
NORA Hoy mismo.
KROG. ¿Es amiga de usted?
NORA Sí..., mas no comprendo...
KROG. Yo también la traté en otra época.
NORA Lo sé.
KROG. Vamos, está usted al tanto. Me lo figuraba. ¿En-

tonces me permitirá usted preguntarle si la señora de Linde va a tener colocación en el Banco?

NORA ¿Cómo se atreve usted a preguntarme eso, señor Krogstad? ¿Usted, que es un subordinado de mi marido? Pero, ya que me lo pregunta, se lo diré. Sí, la señora de Linde tendrá un puesto en el Banco, y lo tendrá gracias a mí, señor Krogstad. Ahora ya está usted enterado.

KROG. Acerté, pues.

NORA *(Paseando.)* ¡Eh! Una tiene su poco de influencia, y aunque se sea mujer, eso no quiere decir que... Cuando se ocupa una situación subalterna, señor Krogstad, habría que mirarse para no herir a una persona que... ¡ejem!...

KROG. ¿Que tiene influencia?

NORA Cabal.

KROG. *(Cambiando de tono.)* Señora, ¿tendría usted la bondad de usar de esa influencia en mi favor?

NORA ¿Cómo? ¿Qué significa?...

KROG. ¿Querría tener la bondad de influir para que yo conserve mi modesto puesto en el Banco?

NORA ¿Qué quiere usted decir? ¿Quién piensa en quitárselo a usted?

KROG. ¡Oh! Es inútil disimular. Comprendo muy bien que a su amiga no le guste encontrarse conmigo, y ahora sé a quién debo mi cesantía.

NORA Pero le aseguro a usted...

KROG. En fin; en dos palabras: aun estamos a tiempo, y le aconsejo que use de su influencia para impedirlo.

NORA ¡Pero si yo no tengo ninguna influencia, señor Krogstad!

KROG. ¿Cómo? Pues hace un momento decía usted...

NORA No en ese sentido, evidentemente. ¿Cómo puede usted creer que yo tenga semejante poder sobre mi marido?

KROG. ¡Oh! Conozco a su esposo de usted desde que estudiamos juntos, y no creo que el señor director del Banco sea más firme que otros hombres casados.

NORA Si habla usted con desprecio de mi marido le pongo a usted en la puerta.

KROG. La señora es animosa.

NORA No temo a usted. Después de año nuevo no tardaré en verme libre.

KROG. *(Dominándose.)* Oiga usted bien, señora. Si es necesario, combatiré por conservar mi pobre empleo cual si se tratase de una cuestión de vida o muerte.

NORA Y lo es por todas las trazas.

KROG. No es solo por el sueldo; eso no es lo importante. Pero hay otra cosa... En fin, voy a serle franco. Usted sabe, naturalmente, como todo el mundo, que yo cometí una imprudencia ha ya buen número de años.

NORA Creo haber oido hablar de eso.

KROG. El asunto no fué a los Tribunales; pero al momento se me cerraron todos los caminos. Emprendí entonces la clase de negocios que usted sabe; forzoso era buscar alguna cosa, y me atrevo a decir que no he sido peor que otros. Ahora quiero salir de esto. Mis hijos crecen. Por mis hijos necesito recobrar la mayor consideración posible. Esta colocación del Banco era para mí el primer escalón. Y ahora me encuentro con que su esposo quiere hacerme bajar de él para hundirme de nuevo en el lodo.

NORA ¡Pero, por Dios, señor Krogstad; no está en mi mano ayudar a usted!

KROG. Lo que le falta a usted es voluntad; pero yo tengo medios para obligarla.

NORA ¿Pero no irá usted a decir a mi marido que yo le debo dinero?

KROG. ¡Caramba! ¿Y si lo hiciese?

NORA Sería vergonzoso. *(Con voz llorosa.)* ¡Ese secreto, que es mi alegría y mi orgullo!... ¡Saberlo él de una manera tan villana... por usted! Me expondría usted a los mayores disgustos...

KROG. ¿Disgustos nada más?

NORA *(Con viveza.)* O, si no, hágalo usted; usted perderá más; entonces verá mi marido qué clase de hombre es usted, y puede estar bien seguro de perder la plaza.

KROG. Acabo de preguntar si no son más que disgustos domésticos los que usted teme.

NORA Si mi marido lo sabe, querrá pagar naturalmente en seguida, y entonces nos veremos libres de usted.

KROG. *(Dando un paso hacia ella.)* Oiga usted, señora... O usted no tiene memoria o apenas conoce usted los negocios. Es menester que yo la ponga un poco al corriente.

NORA ¿Por qué?

KROG. En la época de la enfermedad de su marido, vino usted a pedirme un préstamo de mil doscientos escudos.

NORA No conocía a nadie más.

KROG. Yo prometí procurar a usted el dinero.

NORA Y me lo proporcionó.

KROG. Prometí procurárselo con ciertas condiciones. Pero entonces se hallaba usted tan preocupada con la enfermedad de su esposo y tan impaciente por tener el dinero del viaje, que creo no se fijó usted mucho en los pormenores. Por eso no le extrañará que se los recuerde. Pues bien; yo prometí proporcionarle a usted el dinero mediante un recibo que escribí.

NORA Sí; y que yo firmé.

KROG. Pero más abajo añadí algunas líneas, por las cuales daba su garantía su padre de usted. Estas líneas debía firmarlas él.

NORA ¿Debía, dice? Lo hizo.

KROG. Yo dejé la fecha en blanco, lo cual significa que su mismo padre de usted tenía que poner la fecha de la firma. ¿Se acuerda usted de eso?

NORA Sí; creo, efectivamente...

KROG. Después entregué a usted el recibo para que lo enviase a su padre por el correo. ¿No fué así?

NORA Así fué.

KROG. Y, como es de suponer, lo hizo usted en seguida, porque apenas habían pasado cinco o seis días cuando me llevó usted el pagaré con la firma de su padre. Y entonces recibió usted el dinero.

NORA ¡Bueno, sí! ¿No he ido pagando puntualmente?

KROG. Con poca diferencia. Pero volviendo a lo que decíamos... Aquellos eran, seguramente, malos tiempos para usted, señora...

NORA Sí, es verdad.

KROG. Su padre de usted creo que estaba muy enfermo.

NORA Moribundo.

KROG. ¿Murió a poco?

NORA Sí.

KROG. Dígame usted, señora: ¿Se acordaría usted por casualidad de la fecha de la muerte de su padre?

NORA Papá falleció el 29 de septiembre.

KROG. Exacto. Procuré enterarme. Y por eso no me explico *(Saca un papel del bolsillo.)* cierta particularidad.

NORA ¿Qué particularidad? No sé...

KROG. Pues lo que hay de particular, señora, es que su padre de usted firmó el recibo tres días después de su muerte. *(Nora guarda silencio.)* ¿Puede usted explicarme eso? *(Nora sigue callando.)* Es también evidente que las palabras «2 de octubre» y el año no son de su padre de usted, sino de una letra que yo creo conocer. En fin, eso puede explicarse. Su padre de usted se olvidaría de fechar y lo haría cualquiera al acaso antes de saber su muerte. La cosa no es muy grave. Lo esencial es la firma misma. Es auténtica, realmente, ¿verdad, señora? ¿Su propio padre de usted fué el que escribió allí su nombre?

NORA *(Después de un corto silencio, levanta la cabeza y lo mira con aire provocativo.)* No, no fué él. Fuí yo la que escribí el nombre de papá.

KROG. ¿Usted se penetra bien de toda la gravedad de esa confesión?

NORA ¿Por qué? Dentro de poco tendrá usted su dinero.

KROG. Permítame una pregunta. ¿Por qué no envió usted el recibo a su padre?

NORA Era imposible. ¡Estaba tan enfermo! Para pedirle su firma, hubiese tenido que declararle el destino del dinero, y en la situación en que se encontraba yo no podía decirle que estaba amenazada la vida de mi esposo. Era imposible.

KROG. En ese caso hubiera sido mejor desistir del viaje.

NORA ¡Imposible! Ese viaje era la salvación de la vida de mi marido. Yo no podía renunciar a él.

KROG. ¿Pero usted no recapacita la superchería que cometía conmigo?

NORA No podía pararme en eso. ¡Bastante me cuidaba yo de usted! Se me hacía usted insoportable, por la frialdad con que razonaba, a pesar de saber que mi marido corría peligro.

KROG. Señora, evidentemente usted no tiene una idea muy clara de la responsabilidad en que ha incurrido. Yo sólo le diré que el hecho que ha acarreado la pérdida de toda mi posición social no era más criminal que ése.

NORA ¿Usted? ¿Usted quiere hacerme creer que ha sido capaz de ningún arranque para salvar la vida de su mujer?

KROG. Las leyes no se preocupan de los motivos.

NORA Pues entonces son bien malas las leyes.

KROG. Malas o no..., si yo presento este papel a la justicia será usted juzgada según ellas.

NORA Lo dudo mucho. ¿No iba a tener una hija el derecho de ahorrar inquietudes y angustias a su anciano padre moribundo? ¿No iba a tener una mujer el derecho de salvar la vida de su marido? Puede que yo no conozca a fondo las leyes; pero estoy cierta de que en alguna parte se consignará que esas cosas son lícitas. ¿Y usted, que es abogado, no sabe nada de eso? Me parece usted poco listo como abogado, señor Krogstad.

KROG. Es posible. Pero asuntos como éste de que tratamos los dos, convendrá usted en que los entiendo, ¿eh? Corriente. Pues ahora haga lo que guste; lo único que le digo es que, si yo la pago por segunda vez, usted me hará compañía. *(Saluda y váse.)*

ESCENA XII

Nora y luego los *niños*.

NORA *(Reflexiona un momento; luego sacude la cabeza y dice:)* ¡Bah! ¡Quería asustarme! Pero no soy tan tonta. *(Empieza a recoger las prendas de los niños; pero se detiene al cabo de un rato.)* ¡Sin embargo!... ¡No es posible! ¡Habiéndolo hecho por amor!...

NIÑOS *(A la puerta de la izquierda.)* Mamá, se ha ido ese señor.

NORA Bien, bien, ya lo sé. Pero no habléis a nadie de él. ¿Lo oís? ¡Ni aun a papá!

NIÑOS No, mamá. ¿Quieres jugar ahora?

NORA No, no; ahora, no.

NIÑOS ¡Pero si nos lo habías prometido, mamá!

NORA No puedo. Marchaos; tengo mucho que hacer. Andad, hermosos. *(Los acompaña con cariño y cierra la puerta.)*

ESCENA XIII

Nora y luego *Elena*.

NORA *(Siéntase en el sofá, coge un bordado y da algunas puntadas; pero se detiene en seguida.)* ¡No! *(Tira el bordado, se levanta, va a la puerta de entrada y llama.)* Elena, tráeme el árbol. *(Acércase a la mesa de la izquierda y abre el cajón.)* ¡No; es absolutamente imposible!

ELENA *(Con el árbol de Navidad.)* ¿Dónde se ha de poner, señorita?

NORA Ahí en medio.

ELENA ¿Hay que traer algo más?

NORA No, gracias. *(Vase la doncella, después de dejar el árbol. Nora empieza a arreglarlo.)* Aquí hacen falta bujías y aquí flores... ¡Infame de hombre! ¡Tonterías! Todo eso nada significa. Estará bo-

nito el árbol de Navidad. Yo quiero hacer todo lo que tú quieras, Torvaldo; bailaré por darte gusto, cantaré... *(Entra Helmer con un rollo de papel debajo del brazo.)*

ESCENA XIV

Nora y Helmer.

NORA ¡Calle! ¿Estás ahí?
HELME. Sí. ¿Ha venido alguien?
NORA ¿Aquí? No.
HELME. ¡Es extraño! He visto salir de casa a Krogstad.
NORA ¡Ah, sí! Krogstad ha estado un instante.
HELME. Te lo conozco en la cara: ¿ha venido para suplicarte que hables en su favor?
NORA Sí.
HELME. Y debías hacerlo como cosa tuya, ocultándome que había venido. ¿No te ha pedido eso?
NORA Sí, Torvaldo; pero...
HELME. ¡Nora, Nora! ¿Y pudiste tú obrar así? ¡Entablar una conversación con semejante hombre y hacerle una promesa! ¡Y, por añadidura, mentirme!
NORA ¿Mentirte?...
HELME. ¿No me has dicho que no había venido nadie? *(La amenaza con el dedo.)* Eso no lo debe volver a hacer mi pajarito cantor. Las aves cantoras han de tener un pico puro y limpio para gorjear bien... sin desafinaciones. *(La coge de la cintura.)* ¿No es verdad?... Sí, ya lo sabía yo. *(La suelta.)* Y ni una palabra más sobre este asunto. *(Se sienta delante de la chimenea.)* ¡Qué bien se está aquí! *(Hojea sus papeles. Nora sigue adornando el árbol. Pausa.)*
NORA ¡Torvaldo!
HELME. ¿Qué hay?
NORA Me alegro muchísimo de ir pasado mañana al baile de trajes de los Stenborg.
HELM. Y yo me muero de curiosidad por saber qué sorpresa nos preparas.

NORA ¡Oh, estoy aburrida!
HELME. ¿Por qué?
NORA No doy con un traje que valga la pena; todo es insignificante y absurdo.
HELME. ¡Estamos bien! ¿Ahora sale con eso Norita?
NORA *(Detrás de la butaca, apoyando los codos en el respaldo.)* ¿Tienes mucha prisa, Torvaldo?
HELME. ¡Oh!...
NORA ¿Qué papeles son esos?
HELME. Cosas del Banco.
NORA ¡Ya!
HELME. He hecho que los directores salientes me entreguen plenos poderes para realizar todos los cambios necesarios en el personal y en la organización de las oficinas. Invertiré la semana de Navidad en ese trabajo. Quiero que esté todo en orden para año nuevo.
NORA Entonces ¿es por eso por lo que el pobre Krogstad?...
HELME. ¡Jem!
NORA *(Pasándole la mano por los cabellos.)* Si no estuvieses tan ocupado, te hubiera pedido un favor muy grande.
HELME. ¿Qué es ello?
NORA Algo que a ti te interesa más que a nadie. ¡Deseo tanto presentarme bien en ese baile!... Torvaldo, ¿no podrías ocuparte de mí y decidir el traje que había de llevar?
HELME. ¡Hola, hola! ¿La testarudilla se da por vencida?
NORA Sí, Torvaldo; no puedo decidir nada sin ti.
HELME. Bien, bien; se pensará y se ideará algo.
NORA ¡Ah, qué amable eres! *(Vuelve al árbol de Navidad. Pausa.)* Pero, di: ¿es tan terrible de veras lo que ha hecho Krogstad?
HELME. Ha cometido fraudes. ¿Sabes lo que quiere decir eso?
NORA ¿No ha podido hacerlo impulsado por la miseria?
HELME. Sí, se obra muchas veces por ligereza. No es tan cruel que condene sin piedad a un hombre por un solo hecho de ese género.

NORA No, ¿verdad, Torvaldo?

HELME. Más de uno puede levantarle moralmente a condición de confesar su crimen y de sufrir su pena.

NORA ¿Su pena?

HELME. Pero Krogstad no ha seguido ese camino. Ha procurado salir del paso con artimañas y habilidades; eso es lo que le ha perdido moralmente.

NORA ¿Crees tú que?...

HELME. ¡Calcula! Un hombre así, con la conciencia de su crimen, ha de mentir y disimular a todas horas; ha de enmascararse hasta en el seno de su propia familia: sí, delante de su mujer y de sus hijos. Y eso, cuando se piensa en los hijos, es horroroso.

NORA ¿Por qué?

HELME. Porque semejante atmósfera de mentira contagia con principios insanos a toda una familia. Cada vez que respiran los hijos absorben gérmenes de mal.

NORA *(Acercándose a él.)* ¿Estás seguro de eso?

HELME. ¿Pues no he de estarlo, querida? He tenido mil ocasiones de comprobarlo como abogado. Casi todas las personas depravadas prematuramente tuvieron madres embusteras.

NORA ¿Por qué madres precisamente?

HELME. Se debe a las madres con más frecuencia, aunque el padre, como es natural, obra en el propio sentido. Todos los abogados lo saben perfectamente. A pesar de eso, Krogstad ha envenenado a sus propios hijos, durante años, con su atmósfera de mentira y de disimulo. He aquí por qué lo considero un hombre moralmente perdido. *(Le tiende las manos.)* Y he aquí por qué mi graciosa Norita ha de prometerme no interceder en su favor. Dame tu palabra. Vamos, ¿qué es eso? La mano. Así. Convencido. Te aseguro que me sería imposible trabajar con él. Siento literalmente un malestar físico al lado de tales personas.

NORA *(Retira la mano y va a colocarse a la parte opuesta del árbol.)* ¡Qué atmósfera tan pesada hay aquí! ¡Y yo que tengo tanto que hacer!...

HELME. *(Levantándose y recogiendo los papeles.)* Tengo que repasar una parte de esto antes de comer. Y en seguida pensaré en tu traje. Es posible que yo tenga que colgar también algo, envuelto en papel dorado, en el árbol de Navidad. *(Poniéndose la mano en la cabeza.)* ¡Oh, mi querido pajarín cantor! *(Entra en su despacho y cierra la puerta.)*

ESCENA XV

Nora y Mariana.

NORA *(En voz baja, después de una pausa.)* ¡No, no hay tal! ¡Es imposible! ¡Ha de ser imposible!

MARIA. *(En la puerta de la izquierda.)* Los niños se empeñan en venir con su mamá.

NORA No, no, no; no les deje usted venir conmigo. Vaya con ellos.

MARIA. Está bien, señora. *(Vase.)*

NORA *(Pálida de terror.)* ¡Depravar a mis niños!... ¡Envenenar el hogar! *(Levanta la cabeza.)* ¡No es cierto! ¡Es falso; no puede ser eso verdad!

TELÓN

ACTO SEGUNDO

La misma decoración. En un rincón, junto al piano, se ve el árbol de Navidad, despojado ya de todos los objetos. El sombrero, los guantes y el abrigo de Nora sobre el sofá.

ESCENA I

Nora.

(Va de un lado a otro con inquietud: al fin se detiene junto al sofá y coge el abrigo, que vuelve a dejar tras de corta meditación.)

NORA ¡Alguien viene!... *(Va a la puerta y escucha.)* Nadie. No, no; no es para hoy, día de Navidad, ni mañana tampoco... Pero puede ser que... *(Abre la puerta y mira hacia fuera.)* No; en el buzón no hay nada. ¡Qué locura! No era seria aquella amenaza. No puede suceder tal cosa. Tengo tres hijos. *(Mariana entra por la puerta de la izquierda con una caja grande de cartón.)*

ESCENA II

Nora y *Mariana.*

MARIA. ¡Por fin encontré la caja del traje!

NORA Está bien. Déjela usted sobre la mesa.

MARIA. *(Obedeciendo.)* El traje quizá no sirva como está.

NORA ¡Ah! De buena gana lo haría trizas.

MARIA. ¡Ay, eso no! Puede arreglarse fácilmente; es cuestión de un poco de paciencia.

NORA Sí, iré a pedir a la señora de Linde que me ayude.

MARIA. ¿Salir otra vez? ¿Con este tiempo tan malo? Va usted a coger frío y a caer enferma.

NORA No sería lo peor que pudiera sucederme. ¿Cómo van los niños?

MARIA. Los pobrecillos están jugando con los regalos de Navidad, pero...

NORA ¿Hablan mucho de mí?

MARIA. ¡Están tan acostumbrados a jugar con su mamá!...

NORA Sí, Mariana; pero ya ve usted; en adelante no podré estar tanto con ellos.

MARIA. Los niños se hacen a todo.

NORA ¿Lo cree usted así? ¿Supone usted que si su mamá se marchara para siempre la olvidarían?

MARIA. ¡Dios soberano!... ¡Para siempre!...

NORA Dígame, Mariana... Yo me he preguntado muchas veces una cosa. ¿Cómo tuvo usted valor para confiar su hijo a manos extrañas?

MARIA. ¿Qué remedio, si había de criar a Norita?

NORA Sí; pero ¿cómo pudo usted decidirse?

MARIA. ¿Presentándose una colocación tan buena?... ¡Pues no era poca suerte para una muchacha que había tenido una desgracia! Porque el bribón no querría hacer nada por mí.

NORA Seguramente su hija de usted le habrá olvidado.

MARIA. No tal. Me escribió al tomar la primera comunión y luego otra vez al casarse.

NORA *(Echándole los brazos al cuello.)* Mariana mía, usted fué una buena madre para mí cuando era pequeña.

MARIA. La pobre Norita no tenía más madre que yo.

NORA Y si los niños llegasen a no tenerla tampoco, ya sé yo que usted... ¡Todo esto es hablar por hablar! *(Abre la caja.)* ¡Ea! Vaya usted con ellos. Yo tengo que... Ya verá usted qué guapa me pongo mañana.

MARIA. En todo el baile no habrá otra más bella que la señorita; eso lo digo yo. *(Váse por la puerta de la izquierda.)*

NORA *(Abriendo la caja, pero rechazándola en seguida.)* ¡Si me atreviese a salir!... ¡Si tuviese la seguridad de que no venía nadie!... ¡Si supiese que no había de pasar nada en la casa entretanto! ¡Qué locura! No vendrá nadie. ¡Fuera vacilaciones! ¡A peinar el manguito! ¡A ponerse los guantes buenos! ¡A desechar estas ideas! Uno,

dos, tres, cuatro, cinco, seis... *(Lanza un grito.)* ¡Ah! Están ahí... *(Quiere dirigirse a la puerta, pero permanece indecisa. Entra Cristina, luego de dejar el sombrero y el abrigo en la antecámara.)*

ESCENA III

Nora y *Cristina.*

NORA ¡Ah! ¿Eres tú, Cristina? ¿No viene nadie más, verdad? ¡Qué a punto llegas!

CRISTI. He sabido que habías ido a buscarme.

NORA Sí; pasaba justamente por tu casa. Quería rogarte que me ayudases. Sentémonos en el sofá. Verás de qué se trata. Mañana hay un baile de trajes en el piso de encima de nosotros, en casa del cónsul Stenborg. Torvaldo desea que me disfrace de pescadora napolitana y que baile la tarantela que aprendí en Capri.

CRISTI. ¡Hola, hola! ¡Vas a dar una función entera!

NORA Sí; lo quiere Torvaldo. Aquí tienes el traje. Me lo mandó hacer allá Torvaldo. Pero está tan averiado que realmente no sé...

CRISTI. Pronto se arregla eso. No tiene más que descosido el adorno por algunos sitios. ¡Volando! ¡Hilo y aguja! ¡Ah! Aquí hay de todo.

NORA ¡Qué buenas eras!

CRISTI. *(Cosiendo.)* ¿De manera que te disfrazas mañana? Oye, vendré un momento para verte. ¡También yo!... No me he acordado de darte las gracias por la buena velada de ayer.

NORA *(Levantándose y atravesando la habitación.)* Me parece que ayer no se estaba aquí tan bien como de costumbre. Debiste venir de fuera un poco antes, Cristina... Es verdad que Torvaldo tiene el arte grandísimo de hacer agradable la casa.

CRISTI. Y tú también... No puedes negar que eres hija de tu padre. Pero, dime: ¿el doctor Rank está siempre tan abatido como ayer?

NORA No; ayer lo estaba más que de ordinario. El in-

feliz padece una afección terrible a la medula espinal. Has de saber que su padre era un ente repugnante. Mantenía queridas y... aun podría decirse algo más; por eso su hijo ha sido enfermizo desde la infancia.

CRISTI. *(Dejando caer la labor.)* Pero ¿quién te cuenta tales cosas, querida Nora?

NORA ¡Bah!... Cuando una ha tenido tres hijos, recibe visitas de ciertas señoras que son medio médicos y que le enseñan mucho.

CRISTI. *(Se pone a coser de nuevo. Pausa.)* ¿Viene aquí todos los días el doctor Rank?

NORA Todos los días. Es el mejor amigo de Torvaldo y mío también. El doctor Rank es, por decirlo así, de la casa.

CRISTI. Pero, dime: ¿ese hombre es completamente sincero? Quiero decir... si es amigo de lisonjas.

NORA Al contrario. ¿Por qué se te ocurre esa idea?

CRISTI. Ayer, cuando me lo presentante, aseguró que había oído aquí con frecuencia mi nombre, y, sin embargo, yo vi más tarde que tu marido no tenía la menor idea de mí. ¿Cómo se explica entonces que el doctor Rank haya podido...?

NORA Tienes razón, Cristina. Torvaldo siente una gran admiración por mí; quiere que yo sea sólo de él, como dice. En los primeros tiempos le daba celos nada más que de oírme hablar de las personas queridas que me rodeaban antes. Naturalmente, me abstuve de hacerlo desde entonces; pero con el doctor Rank hablo a menudo de ellos; le gusta oírme.

CRISTI. Escúchame bien, Nora. Tú eres una niña por varios conceptos; yo tengo más edad que tú y un poco más de experiencia. Te daré un consejo a propósito del doctor Rank: convendría tratar de acabar con todo esto.

NORA ¿Acabar con qué?

CRISTI. Con muchas cosas. Ayer me hablabas de un adorador rico que debía procurarte dinero.

NORA Es verdad; pero ese adorador no existe.... desgraciadamente. ¿Qué más?

CRISTI. ¿Es rico el doctor Rank?

NORA Sí; tiene fortuna.
CRISTI. ¿Y familia no?
NORA Ninguna; ¿pero...?
CRISTI. ¿Y viene aquí todos los días?
NORA Ya sabes que sí.
CRISTI. ¿Y cómo puede tener esa falta de delicadeza un hombre caballeroso?
NORA No te comprendo.
CRISTI. ¡No finjas, Nora! ¿Crees que no adivino a quién pediste los mil doscientos escudos?
NORA ¿Has perdido el juicio? ¿Puedes creer de veras semejante cosa? ¡A un amigo, que viene aquí a diario! ¡Pues apenas sería violenta la situación!
CRISTI. Entonces, ¿de veras no es él?
NORA ¡Claro que no! Ni por un solo instante se me ocurrió tal idea. Aparte de que él no podía prestar dinero en aquella época; no ha heredado hasta después.
CRISTI. Creo que esa ha sido una suerte para ti, mi querida Nora.
NORA No, mujer; nunca me daría la idea de pedir al doctor... ¡Y eso que estoy segura de que si le pidiese!...
CRISTI. Pero, naturalmente, no lo harás.
NORA Por supuesto. No creo que sea necesario. Pero estoy segurísima de que si yo hablase al doctor Rank...
CRISTI. ¿Sin saberlo tu esposo?...
NORA Hay que salir de este paso. También le di sin que él lo supiera. Es menester que esto se concluya.
CRISTI. Ya te lo decía yo ayer; pero...
NORA *(Yendo de un lado para otro.)* Un hombre puede desenredarse más fácilmente de esta clase de asuntos que una mujer...
CRISTI. Si hablas del marido, sí.
NORA ¡Tonterías! *(Se detiene.)* Cuando se ha pagado todo, ¿se devuelve el recibo, no es eso?
CRISTI. Naturalmente.
NORA ¡Y puede romperse en mil pedazos, y quemarse!...
CRISTI. *(La mira con fijeza; deja la labor y se levanta lentamente.)* Nora, tú me ocultas algo.
NORA ¿Me lo conoces en la cara?

CRISTI. Desde ayer mañana te ha pasado algo. Nora, dime lo que es.

NORA *(Volviéndose hacia ella.)* ¡Cristina! *(Escuchando.)* ¡Chst! Torvaldo está ahí. Pasa al cuarto de los niños. A Torvaldo no le gusta ver coser. Di a Mariana que te ayude.

CRISTI. *(Recogiendo parte de la labor.)* Bien; pero no me iré hasta que me hayas hablado de todo francamente. *(Vase por la puerta de la izquierda; al mismo tiempo entra Helmer por la de la antecámara.)*

ESCENA IV

Helmer y *Nora.*

NORA *(Yendo a su encuentro.)* ¡Con qué impaciencia te esperaba, querido Torvaldo!

HELME. ¿Era la costurera?

NORA No; era Cristina, que me está ayudando a arreglar el traje. Ya verás qué golpe doy.

HELME. Sí; he tenido una idea excelente.

NORA Una idea magnífica. Pero yo también tengo el mérito de complacerte.

HELME. *(Acariciándole la barba.)* ¿Mérito?... ¿Por complacer a tu marido? Vamos, vamos, loquilla; ya sé que no es eso lo que querías decir. Pero no quiero interrumpirte; tendrás que probarte, supongo.

NORA ¿Y tú? ¿Vas a trabajar?

HELME. Sí. *(Enseña papeles.)* Mira. He ido al Banco. *(Va a entrar en su cuarto.)*

NORA Torvaldo.

HELME. *(Deteniéndose.)* ¿Decías?...

NORA ¿Si la ardillita te suplicase encarecidamente una cosa?...

HELME. ¿El qué?

NORA ¿La harías, di?

HELME. Ante todo querría saber de qué se trata.

NORA Si tú quisieses ser complaciente y amable, la ardillita brincaría y haría toda clase de monadas.

HELME. Di de una vez.
NORA La alondra gorjearía en todos los tonos.
HELME. La alondra no hace más que eso.
NORA Bailaría, por recrearte, como las sílfides, a la luz de la luna.
HELME. Nora... ¿No será aquello de que me hablaste esta mañana?
NORA *(Acercándose.)* Sí, Torvaldo... ¡Hazme ese favor!
HELME. ¿Y de veras tienes valor para volver a hablar de eso?
NORA Sí, sí, has de consentir; es menester que Krogstad conserve su puesto en el Banco.
HELME. Mi querida Nora, destino esa plaza a la señora de Linde.
NORA Lo cual es muy de agradecer; pero, bueno, no tienes más que dejar cesante a otro en vez de Krogstad.
HELME. ¡Eso es una terquedad insufrible! Porque ayer hiciste irreflexivamente una promesa, querrías que...
NORA No es por eso, Torvaldo. Es por ti. Tú mismo dijiste que ese hombre escribe en los peores periódicos... ¡Podrá hacerte tanto daño! ¡Me infunde un miedo tan espantoso!...
HELME. ¡Oh! Ya comprendo... Se te habrán renovado recuerdos de otras épocas y te asustas.
NORA ¿A qué aludes?
HELME. Piensas evidentemente en tu padre.
NORA Eso, sí. Acuérdate de todo lo que escribieron en los periódicos sobre papá seres viles... y de todas las calumnias que lanzaron contra él. Yo creo que lo hubiesen destituído a no haberte enviado al ministerio para hacer la información y a no mostrarte tú tan benévolo con él.
HELME. Norita mía, hay una gran diferencia entre tu padre y yo. Tu padre no era funcionario inatacable; yo, sí, y espero continuar siéndolo mientras conserve mi posición.
NORA ¡Oh! ¡Quién sabe lo que son capaces de inventar las malas lenguas! ¡Podríamos estar tan bien, tan tranquilos, tan contentos, en nuestro

apacible nido, tú, los niños y yo! Por eso es por lo que te suplico con tanta insistencia.

HELME. Pues precisamente por hablarme tú en su favor no puedo dejarlo. Ya se sabe en el Banco que ha dequedar cesante. Si ahora se supiese que la mujer del nuevo director le había hecho mudar de opinión...

NORA ¿Y qué?

HELME. Poco importa, naturalmente, a condición de que tú te salgas con la tuya. ¿Puedes creer que fuese a ponerme en ridículo a los ojos de todo el personal?... ¿A dar a entender que dependo de influencias extrañas? Puedes estar segura de que no tardarían en sentirse las consecuencias. Y luego... hay otra razón que hace imposible la permanencia de Krogstad en el Banco mientras yo sea director.

NORA ¿Cuál?

HELME. Por lo que toca a su mancha moral... yo, en rigor, hubiese podido ser indulgente...

NORA ¿Sí, verdad, Torvaldo?

HELME. Sobre todo después de saber que es un buen empleado. Pero lo conozco de larga fecha. Es una de esas amistades de la juventud, contraídas a las ligera, y que luego nos estorban tan a menudo en la vida. Para decirte todo, nos tuteamos. Y ese hombre tiene tan poco tacto, que no hace lo más mínimo por disimular en presencia de otras personas. Por el contrario, cree que eso le da derecho a usar conmigo de un tono familiar, y a cada instante me viene con *tú* por arriba y *tú* por abajo. Te juro que eso me es desagradable en el mayor grado. Haría intolerable mi situación en el Banco.

NORA Torvaldo, tú no piensas una palabra de lo que dices.

HELME. Si tal. ¿Por qué no?

NORA Porque fuera un motivo mezquino.

HELME. ¿Qué dices? ¿Mezquino? ¿Me juzgas mezquino?

NORA No; todo lo contrario, mi querido Torvaldo; y por eso...

HELME. Lo mismo da. Tú dices que son mezquinos mis

motivos; por consiguiente, debo serlo yo. ¿Mezquino? ¿De veras? Es tiempo de que esto acabe. *(Llamando.)* ¡Elena!

NORA ¿Qué vas a hacer?

HELME. *(Buscando entre los papeles.)* A tomar una resolución.

ESCENA V

Dichos y *Elena.*

HELME. Tenga usted esta carta. Salga en seguida a buscar un mozo para que la lleve. Pero de prisa. Las señas van puestas. Tome usted el dinero.

ELENA Bien, señorito. *(Vase con la carta.)*

ESCENA VI

Nora y *Helmer.*

HELME. *(Arrollando sus papeles.)* ¡Ea!, señora terca.

NORA *(Con voz ahogada.)* ¿Qué va en ese sobre?

HELME. La cesantía de Krogstad.

NORA ¡Recógela, Torvaldo! Aun és tiempo. ¡Oh! Torvaldo, ¡recógela! ¡Hazlo por mí..., por ti, por los niños! ¡Oyeme, Torvaldo!... ¡Haz eso! No sabes lo que puede acarrearnos a todos.

HELME. Es demasiado tarde.

NORA Sí, demasiado tarde.

HELME. Querida Nora, te perdono esta angustia, aun cuando en el fondo sea una injuria hacia mí. ¡Sí, lo es! ¿No es una injuria creer que yo podría tener miedo a la venganza de un abogaducho cualquiera? Pero te lo perdono de todas suertes, porque eso demuestra el gran cariño que me profesas. *(La coge en brazos.)* Es menester, adorada Nora. Suceda lo que quiera. En los momentos graves ya verás que tengo fuerza y valor y que echo el peso de todo sobre mí.

NORA *(Asustada.)* ¿Qué quieres decir?

HELME. ¡Todo, te digo... !
NORA *(Con acento firme.)* ¡Nunca, nunca harás eso!
HELME. Bien; partiremos, Nora, como marido y mujer. *(Acariciándola.)* ¿Estás contenta ahora? Vamos, vamos; nada de miradas de palomino atontado. Todo es pura imaginación. Ahora lo que debías hacer es tocar la tarantela y ensayarte en la pandereta. Yo me encerraré en mi despacho; y desde allí no oiré nada. Podrás hacer cuanto ruido quieras, y cuando venga Rank le dices dónde estoy. *(Le hace una seña con la cabeza, entra en su despacho llevándose los papeles, y cierra la puerta.)*

ESCENA VII

Nora, Rank; luego *Elena.*

NORA *(Embargada por la angustia permanece clavada en su sitio y dice a media voz.)* Sería capaz de hacerlo. Lo hará a despecho de todo. ¡Nunca, oh, nunca! ¡Antes cualquier cosa!... ¡Valor!... ¡Un pretexto!... *(Llaman.)* ¡El doctor Rank!... ¡Antes cualquier cosa! ¡Cualquiera! *(Se pasa la mano por la frente, tratando de serenarse, y va a abrir la puerta de entrada. Se ve al doctor Rank colgando el abrigo. Durante la escena siguiente va anocheciendo.)* Buenas tardes, doctor. Lo he conocido a usted en la manera de llamar. No entre usted ahora en el despacho de Torvaldo: creo que está ocupado.
RANK ¿Y usted?
NORA *(Mientras entra el doctor y ella cierra la puerta.)* ¡Oh! Ya sabe...; para usted siempre tengo un instante.
RANK Gracias. Me aprovecharé todo el tiempo que pueda.
NORA ¿Cómo todo el tiempo que pueda?
RANK Sí. ¿Se asusta usted?
NORA La expresión es algo extraña. ¿Es que va a suceder algo?

RANK Lo que he previsto hace mucho tiempo. Pero no creía que fuese tan pronto.

NORA *(Asiéndose al brazo.)* ¿Qué hay? ¿Qué le han dicho a usted, doctor? Cuéntemelo.

RANK *(Sentándose cerca de la chimenea.)* Estoy al fin de la pendiente. Ya no hay nada que hacer.

NORA *(Tranquilizándose.)* ¿Se trata de usted?...

RANK ¿Pues de quién? ¿A qué engañarme a mí mismo? Yo soy el más mísero de todos mis pacientes... Estos días he hecho el examen general de mi estado. Es la bancarrota. Antes de un mes quizá estaré pudriéndome en el cementerio.

NORA ¡Quite usted! ¡Vaya un modo tan feo de hablar!

RANK Es que la cosa misma es horriblemente fea. Lo peor, sin embargo, son todos los horrores que han de preceder. No me queda ya más que un examen. En cuanto le haga, sabré, sobre poco más o menos, cuándo empezará el desenlace. Quiero decir a usted una cosa: Helmer, con su temperamento delicado, siente una aversión pronunciadísima por todo lo feo. No quiero verlo en mi cabecera.

NORA ¡Oh, pero, doctor!...

RANK No quiero. Bajo ningún pretexto. Le cerraría la puerta. En cuanto tenga la certidumbre de la catástrofe, le enviaré a usted mi tarjeta de visita marcada con una cruz negra: sabrá usted entonces que ha empezado el desastre.

NORA No; hoy está usted por demás extravagante. ¡Y yo que deseaba tanto que estuviese de muy buen humor!...

RANK ¿Con la muerte delante de los ojos?... *(Pausa.)* ¿Y pagar por otro? ¿Es eso justicia? ¡Y decir que en cada familia existe de una u otra manera una liquidación de ese género!...

NORA *(Tapándose los oídos.)* ¡Chst! ¡Estemos alegres, estemos alegres!

RANK La verdad es que es caso de risa. Mi espina dorsal, la pobre inocente, debe continuar sufriendo a causa de la alegre vida que llevó mi padre cuando era teniente.

NORA *(A la izquierda, cerca del velador.)* Le gusta-

ban demasiado los espárragos y los pasteles, ¿verdad?

RANK Sí; y las trufas.

NORA ¡Ah, sí! Las trufas. ¿Y también las ostras?

RANK Y las ostras, naturalmente.

NORA Y encima sus tragos de Porto y de champán. Es sensible que todas esas cosas tan buenas ataquen la espina dorsal.

RANK Sobre todo cuando atacan a una infeliz espina dorsal que nunca disfrutó de ellas.

NORA ¡Ah, sí! ¡Eso es lo más triste del caso!

RANK *(Mirándola atentamente.)* ¡Hum!...

NORA *(Después de una pausa.)* ¿Por qué se sonríe usted?

RANK ¡Si es usted la que se ha sonreído!

NORA No, doctor, le juro que era usted.

RANK *(Levantándose.)* Es usted más bromista de lo que yo pensaba.

NORA Es que hoy me encuentro tan dispuesta a decir locuras.

RANK Ya se ve.

NORA *(Poniendo las manos sobre los hombros del doctor.)* Querido doctor, no hay que morirse y abandonarnos a Torvaldo y a mí.

RANK ¡Oh! Será una pena de que se consolarán ustedes en seguida. ¡Se olvida tan pronto a los que mueren!...

NORA *(Mirándole con inquietud.)* ¿Cree usted?...

RANK Se crean nuevas relaciones, y luego...

NORA ¿Que se crean nuevas relaciones?

RANK Usted y Helmer lo harán en cuanto yo desaparezca. Usted, por su parte, ya me parece que ha empezado. ¿Qué pintaba ayer noche esa señora de Linde?

NORA ¡Ah!... ¡No irá usted a estar celoso de esa pobre Cristina!

RANK Sí que lo estoy. Me sucederá en la casa. Cuando me llegue la hora, esa señora...

NORA ¡Chts, no tan alto; está ahí!

RANK ¿También hoy? Ya lo ve usted.

NORA Nada más que para arreglar mi traje. ¡Dios mío, qué incomprensible está usted hoy! *(Sentándose*

en el sofá.) Ahora hay que ser juicioso, doctor. Mañana verá con qué gracia bailo, y podrá usted decir que no lo hago más que por usted... Sí, por usted; y por Torvaldo, claro está. *(Saca varias cosas de la caja.)* Doctor, venga usted a sentarse, para que le enseñe una cosa...

RANK *(Sentándose.)* ¿El qué?

NORA No tiene usted más que mirar... ¡Vea usted!

RANK Medias de seda.

NORA Color de carne. ¿No son cosa bonita? Ahora está demasiado oscuro; pero mañana... No, no, no; usted no verá más que los pies. Sin embargo, si por casualidad viese usted más arriba...

RANK ¡Hum!...

NORA ¿Por qué pone usted ese gesto de duda? ¿No cree usted que me sentarán bien?

RANK ¿En qué he de fundarme?

NORA *(Mirándole un momento.)* ¡Váyase usted a paseo! ¡Qué mala persona! *(Sacudiéndole ligeramente una oreja con las medias.)* ¡Esto es lo que usted merece! *(Las vuelve a meter en la caja.)*

RANK ¿Qué más maravillas hay que ver?

NORA Ninguna; usted no tiene que ver ya nada, por no ser juicioso. *(Registra la caja tarareando.)*

RANK *(Después de una breve pausa.)* Cuando estoy aquí con usted, familiarmente, no acierto a comprender... No, no comprendo lo que hubiera sido de mí si no hubiese venido nunca a esta casa.

NORA *(Sonriendo.)* La verdad es que en último término creo que le va a usted aquí muy ricamente.

RANK *(Bajando la voz y mirando con fijeza hacia adelante.)* ¡Y tener que abandonar todo esto!...

NORA ¡Niñerías! ¿Qué ha de abandonarnos usted?...

RANK *(Como antes.)* ¡Y no dejar tras sí el más leve motivo de gratitud..., no dejar a lo sumo más que una pena pasajera..., no dejar sino un lugar vacío, que podrá ocupar el primero que llegue!...

NORA ¿Y si yo le pidiese a usted?... ¡No!

RANK ¿Si me pidiese usted, qué?

NORA Una gran prueba de afecto.

RANK Sí; ¿qué?

NORA Es decir, un inmenso servicio.

RANK ¿Querrá darme una vez esa gran alegría?

NORA Sí; mas no sabe usted siquiera de qué se trata.

RANK Vamos a ver. Diga.

NORA No, no puedo, doctor. ¡Es cosa tan enorme! Un consejo, una ayuda y un servicio a la vez...

RANK Mejor. No sospecho qué pueda ser; pero acabe de hablar. ¿No tiene usted confianza en mí?

NORA Más que en nadie. Ya sé que es usted mi mejor y mi más leal amigo. Por eso voy a decírselo todo. Pues bien, doctor; hay que ayudarme a a evitar una cosa. Usted sabe lo que me quiere Torvaldo; no vacilaría un instante en dar su vida por mí...

RANK *(Inclinándose hacia ella.)* Nora..., ¿cree usted que él sea el único?

NORA *(Haciendo un ligero movimiento.)* ¿Cómo?

RANK ¿El único que daría la vida con alegría por usted?

NORA *(Tristemente.)* Pero ¿de veras?...

RANK He jurado que lo sabría usted antes de mi muerte. Nunca hubiese encontrado mejor coyuntura. Sí. Nora; ya lo sabe usted, y eso equivale a decirle que puede confiarse a mí como a nadie.

NORA *(Levantándose tranquilamente, con actitud natural.)* Déjeme usted.

RANK *(Dejando paso, pero sin levantarse.)* ¡Nora!

NORA *(En la puerta de entrada.)* Elena, trae la lámpara. *(Dirigiéndose hacia la chimenea.)* ¡Oh, querido doctor! ¡Qué mal hace usted!

RANK ¿Es un mal haberla amado lo más profundamente que cabe?

NORA No, sino haberlo dicho. Bastante era...

RANK ¿Qué quiere usted decir? ¿Que lo sabía? *(Entra la doncella con la lámpara, la deja en la mesa y vase.)* Nora..., señora... Pregunto a usted si lo sabía.

NORA ¿Sé yo acaso?... No puedo realmente decírselo a usted... ¡Cómo ha podido usted ser tan torpe, doctor! ¡Iba todo tan bien!...

RANK En fin, ahora tiene usted la certidumbre de que

estoy a su disposición en cuerpo y alma. ¿Quiere usted hablar?

NORA *(Mirándole.)* ¿Después de lo que acaba usted de decirme?

RANK Por favor, explíqueme lo que es.

NORA Asunto concluído. No sabrá usted nada.

RANK ¡Sí, sí! No me castigue de ese modo. Déjeme ayudarla hasta donde sea humanamente posible.

NORA Ahora ya no puede usted hacer nada por mí... Además, no necesito de nadie. Como usted comprenderá, son simples caprichos, y no otra cosa. ¡Eso es evidente! *(Se sienta en la mecedora y lo mira sonriendo.)* Verdaderamente, es usted lo que se llama un pícaro redomado, doctor Rank. ¿No le da a usted vergüenza, ahora que está encendida la lámpara?

RANK Francamente, no. Pero ¿es cosa de que me marche... para siempre?

NORA Ni soñarlo. Vendrá usted, por supuesto, como antes. Sabe usted de sobra que Torvaldo no puede pasarse sin usted.

RANK Sí; pero, ¿y usted?

NORA ¿Yo? ¡Veo todas las cosas con tan buenos ojos en cuanto está usted aquí!...

RANK He ahí justamente lo que me ha inducido a error. ¡Es usted un enigma! Me ha parecido muchas veces que usted se complacía tanto en estar conmigo como con Helmer.

NORA Y sí, señor; hay las personas queridas y las personas agradables.

RANK Eso es cierto.

NORA Cuando estaba en mi casa quería a papá sobre todo, naturalmente; pero no tenía mayor placer que bajar a escondidas al cuarto de las criadas; no me sermoneaban jamás, ¡y andaban siempre contándose unas a otras cosas tan divertidas!...

RANK ¡Ah, perfectamente! ¿De modo que a esas es a las que yo he sustituído?

NORA *(Levantándose con viveza y corriendo hacia él.)* No, por Dios, querido doctor; no es eso lo que he querido decir. Pero bien puede usted com-

prender que ahora me pasa con Torvaldo lo propio que con papá.

ELENA *(Saliendo de la antecámara.)* ¡Señorita! *(Le habla al oído y le da una tarjeta.)*

NORA *(Mirando la tarjeta.)* ¡Ah! *(Se la guarda en el bolsillo.)*

RANK ¿Alguna cosa enojosa?

NORA No, nada de eso; es... es mi nuevo traje...

RANK ¿Cómo? ¡Pero si está ahí!

NORA Bien, sí, ese; pero hay otro. Lo he encargado yo... Torvaldo no debe saber nada...

RANK ¡Ah! He ahí entonces el gran secreto.

NORA ¡Pues claro! Váyase usted corriendo con él; está en la pieza del fondo; no le deje usted venir...

RANK Esté usted tranquila; no se me escapará. *(Pasa a las habitaciones de Helmer.)*

NORA *(A la doncella.)* ¿Y espera en la cocina?

ELENA Sí, señora; ha subido por la escalera de servicio...

NORA ¿No le has dicho que había gente?

ELENA Sí; pero todo ha sido inútil.

NORA ¿No ha querido marcharse?

ELENA No; dice que no se irá sino después de haber hablado con la señorita.

NORA Bien. Pues que pase; pero sin hacer ruido. No se lo digas a nadie, Elena; es una sorpresa para el señorito.

ELENA Sí, sí, comprendo. *(Vase.)*

NORA ¡Se prepara lo horrible! Aquí lo tenemos. ¡No, no, no; no puede, no debe suceder tal cosa! *(Cierra con llave la puerta del despacho de Helmer. Luego entran la doncella y Krogstad. Este se presenta vestido de viaje, con botas recias y gorra de pieles.)*

ESCENA VIII

Nora y *Krogstad.*

NORA *(Adelantándose hacia él.)* Hable bajo, que está ahí mi marido.

KROG. No hay inconveniente.
NORA ¿Qué desea usted?
KROG. Decirle una cosa.
NORA ¡Hable pronto! ¿Qué es?
KROG. ¿Usted sabe que he recibido la censantía?
NORA No he podido evitarlo, señor Krogstad. He defendido su causa hasta el fin; mas todo fué inútil?
KROG. ¿Tan poco la quiere a usted su esposo? Sabe lo que puede suceder, y, a pesar de eso, se atreve...
NORA ¿Cómo puede usted pensar que lo sabe?
KROG. Realmente no lo he creído nunca. No sería hombre para demostrar tanto valor mi buen Torvaldo Helmer.
NORA Señor Krogstad, exijo que se respete a mi marido.
KROG. Por supuesto. Se le respeta cuanto es debido. Pero, puesto que usted tiene tanto empeño en ocultar este asunto, me permito suponer que está usted mejor informada que ayer sobre la gravedad de lo que hizo.
NORA Mejor informada que hubiera podido serlo por usted.
KROG. En efecto; un abogado tan malo como yo...
NORA ¿Qué me quiere usted?
KROG. Nada. Ver sólo qué tal va usted, señora. He estado pensando en usted todo el día. Por más que uno sea un abogaducho, un..., en fin, un sujeto como yo, no por eso deja de tener algo que se llama corazón, después de todo.
NORA Pruébelo usted; piense en mis hijos.
KROG. ¿Ha pensado en los míos su señor esposo? Pero nada importa. Yo sólo quería decir a usted que no tomase la cosa muy por lo trágico. Por lo pronto no he de presentar acusación contra usted.
NORA ¿No, verdad? Estaba segura.
KROG. Se puede muy bien terminar ese asunto amistosamente. No hace falta para nada que se enteren otras personas. Puede quedar entre nosotros tres.
NORA Mi marido no debe saber nada...

KROG. ¿Cómo quiere usted impedirlo? ¿Acaso puede usted pagar lo que resta?

NORA Inmediatamente, no.

KROG. ¿Ha encontrado usted acaso manera de procurarse dinero estos días?

NORA No. Medio que yo quiera emplear, ninguno.

KROG. Aparte de todo, no le serviría a usted de nada. Ofrézcame usted la cantidad que quiera ; yo no he de devolverle el pagaré.

NORA Pues explíqueme entonces como quiere utilizarlo.

KROG. Deseo simplemente conservarlo ; tenerlo en mi poder. Ningún extraño sabrá nada. De suerte que si había pensado usted en alguna resolución desesperada...

NORA Sí que he pensado.

KROG. ... En abandonarlo todo y huir...

NORA Lo he pensado, sí.

KROG. ... O en algo peor aún...

NORA ¿Cómo puede usted saberlo?

KROG. ... Renuncie a esas ideas.

NORA Pero ¿cómo sabe usted que las tengo?

KROG. Casi todos las tenemos al principio. Yo las tuve como los demás ; pero confieso que me faltó valor.

NORA *(Con voz sorda.)* ¡A mí también!

KROG. *(Tranquilizado.)* ¿De veras?

NORA Sí.

KROG. Aparte de que sería una solemne tontería. Una vez pasada la primera tempestad conyugal... Aquí, en el bolsillo, traigo una carta para su esposo de usted...

NORA ¿Se lo dice usted todo?

KROG. Con las mayores atenuaciones posibles.

NORA *(Con precipitación.)* El no debe ver esa carta. Yo encontraré el dinero.

KROG. Dispénseme, señora ; pero creo haberle dicho...

NORA ¡Oh! No hablo del dinero que le debo a usted. Dígame la cantidad que pide a mi marido y se la daré yo.

KROG. No pido dinero a su esposo de usted.

NORA ¿Pero qué quiere, entonces?

KROG. Voy a decírselo a usted. Quiero prosperar, seño-

ra ; quiero hacer fortuna ; y en eso ha de ayudarme su esposo. Durante año y medio no he cometido ningún acto deshonroso ; todo ese tiempo he batallado con las mayores dificultades. Estaba satisfecho con volver a subir paso a paso. Ahora me echan, y no me basta ya que me vuelvan a admitir simplemente por favor. Digo que quiero prosperar. Quiero entrar en el Banco... en mejores condiciones que antes ; su marido de usted tiene que crear una plaza para mí...

NORA ¡Eso no lo hará jamás!

KROG. Lo hará ; le conozco... : no se atreverá a pestañear. Y una vez conseguido, ya verá usted. Antes de un año seré la mano derecha del director. Quien dirigirá el Banco será Enrique Krogstad y no Torvaldo Helmer.

NORA Nunca sucederá tal cosa.

KROG. ¿Querría usted acaso?...

NORA Ahora tengo valor.

KROG. ¡Oh! No me asusta usted. Una dama distinguida y delicada como usted...

NORA ¡Ya verá usted, ya verá!

KROG. ¿Bajo el hielo, acaso? ¿En el abismo húmedo, frío y sombrío? ¡Y volver a la superficie en primavera, desfigurada, desconocida, sin cabello!...

NORA No me asusta usted.

KROG. Ni usted a mí. No se hacen esas cosas, señora. ¿Y para qué, además? De todos modos, lo tengo en el bolsillo.

NORA Cuando yo no exista...

KROG. Olvida usted que entonces estará en mis manos su memoria. *(Nora lo mira, pervleja.)* Con que ya queda usted advertida. ¡Nada de niñerías! Cuando Helmer reciba mi carta, espero su respuesta... Y acuérdese usted bien de que su marido es quien me obliga a dar este paso. He ahí lo que no le perdonaré jamás. Adiós, señora. *(Vase.)*

ESCENA IX

Nora; luego *Cristina.*

NORA *(Entreabriendo con precaución la puerta del vestíbulo y escuchando.)* Se fué. No le enviará la carta. ¡No, no; es imposible! *(Abre la puerta más cada vez.)* ¿Qué es esto? Se ha detenido. Reflexiona. ¿Irá a...? *(Oyese caer una carta en el buzón, y luego los pasos de Krogstad, cuyo ruido va extiguiéndose conforme baja la escalera. Nora reprime un grito y vuelve corriendo hasta el velador. Un momento de silencio.)* ¡Está en el buzón! *(Vuelve sigilosamente a la puerta de la anecámara.t)* ¡Está ahí!... ¡Torvaldo, Torvaldo..., nos hemos perdido!

CRISTI. *(Entrando con el traje por la puerta de la izquierda.)* No he podido hacer más. ¿Quieres probártelo?

CRISTI. *(Tirando el vestido en el sofá.)* ¿Qué tienes? Pareces completamente trastornada.

NORA Ven aquí. ¿Ves esa carta? ¿Ahí, al través de la abertura del buzón?

CRISTI. Sí; la veo perfectamente.

NORA Es de Krogstad.

CRISTI. ¡Nora!... ¿Fué Krogstad quien te prestó ese dinero?

NORA Sí. Y ahora lo sabrá todo Torvaldo.

CRISTI. Créeme, Nora; es lo mejor para vosotros dos.

NORA Es que no lo sabes todo; puse una firma falsa.

CRISTI. ¡Gran Dios!... ¿Qué dices?

NORA ¡Ahora, oye una cosa, Cristina! Oye lo que voy a decirte: es menester que me sirvas de testigo.

CRISTI. ¿De qué? ¡Habla!

NORA Si yo me volviese loca..., y bien puede llegar ese caso...

CRISTI. ¡Nora!

NORA O si me sucediese cualquier otra cosa... y no estuviese aquí para...

CRISTI. ¡Nora, Nora, estás fuera de ti!

NORA Si hubiese entonces alguien que quisiera echar toda culpa sobre sí... ¿Comprendes?

CRISTI. Sí; ¿pero cómo puedes creer?...

NORA En tal caso, debes declarar que es falso, Cristina. No estoy fuera de mí; estoy en mi sano juicio, y te digo: «Ninguna otra persona lo supo; obré sola, absolutamente sola.» Acuérdate bien de esto.

CRISTI. Bueno, me acordaré. Pero aun no comprendo...

NORA ¡Ah! ¿Cómo has de comprender? Es que va a obrarse un prodigio.

CRISTI. ¿Un prodigio?

NORA Sí; un prodigio. ¡Pero es tan terrible!... Cristina, es necesario que no suceda semejante cosa; no quiero, a ningún precio.

CRISTI. Voy a hablar con Krogstad ahora mismo.

NORA No vayas a verlo; lo pasarías mal.

CRISTI. Hubo un tiempo en que hubiese hecho lo imposible por agradarme.

NORA ¿El?

CRISTI. ¿Dónde vive?

NORA ¿Y qué sé yo?... Digo, sí. *(Se registra el bolsillo.)* Aquí tienes su tarjeta. ¡Pero la carta!...

HELME. *(Llamando a la puerta que comunica con sus habitaciones.)* Nora.

NORA *(Lanzando un grito de angustia.)* ¿Qué pasa? ¿Qué me quieres?

HELME. ¡Vamos, vamos! No tengas miendo. No podemos entrar; has cerrado la puerta. ¿Te estás probando el vestido?

NORA Sí, sí; estoy probándomelo. ¡Tan guapa como voy a estar, Torvaldo!...

CRISTI. *(Después de mirar la tarjeta.)* Vive muy cerca de aquí, ahí en la esquina.

NORA Sí; pero ¿a qué? Estamos perdidos. La carta está en el buzón.

CRISTI. ¿Y tiene la llave tu marido?

NORA Siempre.

CRISTI. Krogstad puede reclamar la carta antes de que sea leída; puede inventar un pretexto cualquiera.

NORA Pero es justamente la hora en que Torvaldo acostumbra a...

CRISTI. Entretanto, ve a su cuarto. Yo regreso lo antes posible. *(Vase precipitadamente por la puerta del vestíbulo.)*

ESCENA X

Nora, Helmer, y luego *Rank.*

NORA *(Acercándose a la puerta de Helmer, abriéndola y mirando.)* ¡Torvaldo!

HELME. *(Desde dentro.)* ¡Bueno! Al fin se puede entrar. Ven, Rank, vamos a ver... *(Apareciendo.)* Pero, ¿en qué quedamos?

NORA ¿Qué hay, querido Torvaldo?

HELME. Rank me había preparado para asistir a una gran exhibición del traje.

RANK *(Presentándose.)* Así lo había comprendido; pero parece que me he engañado.

NORA De medio a medio. Hasta mañana nadie lo verá.

HELME. Pero, querida Nora, ¡qué mala cara tienes! ¿Es que te has fatigado ensayando el baile?

NORA No, no he ensayado todavía ni una sola vez.

HELME. Pues no habrá más remedio.

NORA Sí, Torvaldo; es indispensable. Pero no puedo dar un paso sin ti. Lo he olvidado todo.

HELME. Bien; te ayudaremos.

NORA ¿Sí, verdad? ¿Al fin vas a ocuparte de mí, Torvaldo? ¿Me lo prometes? ¡Estoy tan intranquila! ¡Esa reunión!... ¡Nada de negocios esta noche, nada de letras! ¿Eh, quieres?

HELME. Te lo prometo. Esta noche estoy enteramente a tu disposición..., atolondradilla. ¡Ah, es verdad! Antes he de ver una cosa. *(Se dirige hacia la puerta del vestíbulo.)*

NORA ¿Qué vas a hacer?

HELME. Unicamente mirar si han venido cartas.

NORA No, Torvaldo, no vayas.

HELME. ¿Por qué?

NORA ¡Te lo suplico, Torvaldo!... No hay ninguna.

HELME. Déjame ver. *(Da un paso hacia la puerta. Nora se sienta al piano y empieza a tocar la tarantela.)*

HELME. *(Deteniéndose para escuchar a Nora.)* ¡Ah!
NORA No podré bailar mañana si no ensayo hoy contigo.
HELME. *(Acercándose a ella.)* ¿De veras tienes tanto miedo, Norita?
NORA ¡Ay, sí! ¡Un miedo terrible! Vamos a ensayar ahora mismo; todavía tenemos tiempo antes de sentarnos a la mesa. Acomódate ahí, querido Torvaldo, y toca. Corrígeme, dame consejos como acostumbras.
HELME. Puesto que lo deseas, andando. *(Se sienta al piano.)*
NORA *(Abre una caja, saca una pandereta y un chal de varios colores; de un brinco se planta en medio de la habitación, y exclama:)* ¡Ea, toca! Voy a bailar. *(Helmer toca; Nora baila; Rank permanece detrás de Helmer siguiéndola con la vista.)*
HELME. *(Tocando.)* Despacio, despacio.
NORA ¡Imposible!
HELME. Menos precipitación.
NORA Es precisamente lo que hace falta.
HELME. ¡Quiá, eso no va bien!
NORA *(Riendo y agitando la pandereta.)* ¿Qué te decía yo?
RANK Permíteme sentarme al piano.
HELME. *(Levantándose.)* Con mucho gusto; así podré dirigirla mejor. *(Rank se sienta al piano y toca. Nora baila de un modo más y más desatentado. Helmer, colocado cerca de la chimenea, le dirige de vez en cuando una observación, que ella no parece oír. Se le suelta el pelo, cayéndole por la espalda; no lo nota y sigue bailando. Entra Cristina.)*

ESCENA XI

Dichos, Cristina; luego *Elena.*

CRISTI. *(Deteniéndose, confusa.)* ¡Oh!
NORA Me coges en plena locura, Cristina.

HELME. Pero, querida Nora, bailas como si te fuese en ello la vida.
NORA Y así es.
HELME. Para, Rank. ¡Es un furor! ¡Que pares, te digo! *(Calla el piano y Nora se detiene de pronto.)*
HELME. *(A Nora.)* No lo hubiera creído nunca; has olvidado cuanto te enseñé.
NORA *(Tirando lejos de sí la pandereta.)* Ya lo ves.
HELME. Vamos, necesita mucha dirección.
NORA Ya ves si la necesito. Tú me guiarás hasta el fin. ¿Me lo prometes, Torvaldo?
HELME. Puedes confiar.
NORA Ni hoy ni mañana debes pensar más que en mí; no has de abrir ninguna carta, ninguna...; ni... el buzón.
HELME. ¡Bueno! ¡Otra vez el temor de aquel hombre!
NORA ¡Pues bien, sí! Algo de eso hay también.
HELME. Nora, te lo conozco en la cara; allí hay de fijo una carta suya.
NORA No sé...; lo creo; mas ahora no hay que leer esas cosas. Que no se interponga ninguna sombra entre nosotros hasta acabar todo.
RANK *(Aparte a Helmer.)* No conviene contrariarla.
HELME. *(Pasándole el brazo por la cintura.)* Vaya, niña, se hará lo que tú quieres. Pero mañana, después que bailes...
NORA Quedarás en libertad.
ELENA *(Desde la puerta de la derecha.)* La señorita está servida.
NORA Trae champán, Elena.
ELENA Muy bien, señora. *(Váse.)*
HELME. ¡Hola, hola! Va a haber festín, a lo que parece.
NORA Fiesta y festín hasta mañana. *(Gritando a la doncella.)* Y unas pocas almendras, Elena, o más bien muchas. *(A Torvaldo.)* Una vez no es todos los días.
HELME. *(Cogiéndole las manos.)* Vamos, vamos, así me gusta, No hay que ponerse loca de miedo. Hay que volver a ser, como siempre, mi alondrita canora.
NORA Sí, Torvaldo, sí. Pero anda ahí dentro mientras;

y usted también, doctor. Tú, Cristina, me ayudarás a arreglarme el pelo.

RANK *(Aparte a Helmer, dirigiéndose al comedor.)* ¿Y qué?... Todo esto... ¿presagia... algo de particular?

HELME. Nada, amigo mío. No es más que esa pueril angustia de que te he hablado. *(Vánse por la derecha.)*

NORA Bueno; ¿qué?

CRISTI. Marchó al campo.

NORA Te lo he leído en la cara.

CRISTI. Regresa mañana por la noche; le he dejado cuatro letras.

NORA No debiste hacerlo. No hay que tratar de impedir nada. En el fondo, es un goce esperar el terror.

CRISTI. ¿Qué esperas?

NORA ¡Oh!, tú no comprenderías. Vete con ellos. En seguida iré yo. *(Cristina entra en el comedor.)*

ESCENA XII

Nora; luego, *Helmer.*

NORA *(Permanece inmóvil un momento como para recogerse; luego mira el reloj.)* Las cinco. De aquí a media noche, siete horas. Después, veinticuatro horas hasta la media noche inmediata. ¿Veinticuatro y siete? Tengo treinta y una horas de vida.

HELME. *(En la puerta de la derecha.)* Pero ¿qué hace la alondrita?

NORA *(Arrojándose en sus brazos.)* ¡Aquí la tienes!

TELÓN

ACTO TERCERO

La misma decoración. Los muebles—mesa, asientos y sofá—han sido trasladados al centro de la estancia. La puerta de la antecámara está abierta. Se oye música de baile procedente del piso superior.

ESCENA I

Cristina; luego *Krogstad.*

(La primera, sentada cerca de la mesa, hojea distraídamente un libro. Trata de leer, pero no parece poder fijar su pensamiento. A intervalos dirige una mirada a la puerta y escucha atentamente.)

CRISTI. *(Mirando su reloj.)* No viene. Ya es pasada la hora, sin embargo. ¡Con tal que...! *(Vuelve a escuchar.)* ¡Ah, es él! *(Va a la antecámara y abre quedamente la puerta exterior; se oye subir con sigilo la escalera. En voz baja:)* Entre usted: estoy sola.

KROG. *(En la puerta.)* He recibido una carta de usted. ¿Qué significa esto?

CRISTI. Tengo necesidad absoluta de hablarle.

KROG. ¿Sí? Y la entrevista, ¿ha de ser aquí precisamente?

CRISTI. No podía recibir a usted en mi alojamiento; no tengo puerta especial. Venga usted; estaremos solos. Los Helmer están de baile en el segundo piso.

KROG. *(Entrando.)* ¡Caramba! ¿Los Helmer bailan esta noche? ¿Pero eso es cierto?

CRISTI. ¿Qué tiene de particular?

KROG. Nada.

CRISTI. Vamos a ver, Krogstad; hemos de hablar.

KROG. ¿Los dos? ¿Qué más podremos decirnos?

CRISTI. Muchas cosas.

KROG. No lo hubiera creído.

CRISTI. Es que usted no me comprendió bien nunca.
KROG. El caso no tenía mucho que comprender; esas cosas se ven a diario; una mujer sin corazón que despide a un hombre cuando se presenta un partido más ventajoso.
CRISTI. ¿Me cree usted, pues, falta de corazón en absoluto? ¿Cree usted también que no me costó nada el rompimiento?
KROG. Sin duda.
CRISTI. ¿Creyó usted eso realmente, Krogstad?
KROG. Si no fué así, ¿por qué me escribió usted cómo lo hizo?
CRISTI. No podía obrar de otra suerte. Decidida a romper, debía arrancar de su corazón de usted cuanto sintiese por mí.
KROG. *(Frotándose las manos.)* ¡Ah! ¡Eso es!... ¡Y todo por una cuestión de dinero!
CRISTI. No debe usted olvidar que yo tenía entonces que sostener una madre y dos hermanos pequeños. No podíamos esperar a usted; usted no tenía entonces más que esperanzas tan remotas...
KROG. Aun suponiendo que así fuese, usted no tenía el derecho de rechazarme por otro.
CRISTI. No sé. Muchas veces me lo he preguntado.
KROG. *(Bajando la voz.)* Cuando la perdí a usted, fué lo mismo que si me hubiese faltado el suelo. Míreme; soy como el náufrago asido a una tabla.
CRISTI. Quizá no esté lejos la salvación.
KROG. La tenía ya y usted ha venido a quitármela.
CRISTI. Yo he sido extraña a eso, Krogstad. Hasta hoy no supe que a quien iba a sustituir en el Banco era a usted.
KROG. Lo creo, puesto que me lo dice. Pero, ahora que lo sabe, ¿no renunciará usted el puesto?
CRISTI. No; a usted no le serviría de nada.
KROG. ¡Ah, bah!... Yo en su lugar de usted lo haría de todas maneras.
CRISTI. Yo he aprendido a obrar juiciosamente. Me lo ha enseñado la vida y la dura necesidad.
KROG. Pues a mí la vida me ha enseñado a no fiarme de palabras.

CRISTI. En eso le ha dado a usted una sabia lección. ¿Pero en las acciones se fiará, no obstante?
KROG. Tengo buenas razones para hablar así.
CRISTI. Yo también soy un náufrago asido a una tabla: no tengo a nadie que necesite de mí.
KROG. Usted lo quiso.
CRISTI. No estaba en mi mano elegir.
KROG. ¿Adónde quiere usted venir a parar?
CRISTI. ¿Qué le parece si esos dos náufragos se tendisen la mano?
KROG. ¿Qué dice usted?
CRISTI. ¿No vale más juntarse en la misma tabla?
KROG. ¡Cristina!
CRISTI. ¿Cuál cree usted que es el motivo que me ha obligado a venir a esta ciudad?
KROG. ¿Pensaría usted en mí?
CRISTI. Tengo necesidad de trabajar para poder soportar la existencia. Todos los días de la vida, hasta donde alcanzan mis recuerdos, han transcurrido para mí trabajando. Ha sido mi mayor y mi única alegría. Ahora me veo sola en el mundo; siento un abandono, un vacío horrible. Limitarse a no pensar una más que en sí misma destruye todo el atractivo del trabajo. Krogstad, dígame usted por quién y por qué trabajar.
KROG. No la creo a usted: eso es únicamente orgullo de mujer que se exalta y quiere sacrificarse.
CRISTI. ¿Me ha visto usted jamás exaltada?
KROG. ¿Pero es que sería usted capaz de hacer lo que dice? ¿Conoce usted todo mi pasado?
CRISTI. Sí.
KROG. ¿Conoce usted mi reputación, lo que se dice de mí?
CRISTI. Sí; le he comprendido bien hace poco. Usted cree que yo hubiera podido salvarlo.
KROG. Tengo esa seguridad.
CRISTI. ¿No se puede reparar todo?
KROG. ¡Cristina! ¿Ha pensado usted bien en lo que dice? Sí, lo veo en su cara. ¿De modo que tendría el valor?...
CRISTI. Yo necesito un ser a quien servir de madre, y sus hijos de usted necesitan una madre. Tengo

fe en lo que hay en el fondo de usted, Krogstad... Con usted nada me asustaría.

KROG. *(Cogiéndole las manos.)* Gracias, Cristina, gracias... Ahora es menester que me levante a los ojos del mundo, y lo conseguiré. ¡Ah! Pero me olvidaba... *(La música toca en el interior la tarantela.)*

CRISTI. *(Escuchando.)* ¡Chist! ¡La tarantela! ¡Váyase usted, váyase en seguida!

KROG. ¿Por qué?

CRISTI. ¿Sabe usted lo que indica esa música? Pues que acaba el baile y van a volver.

KROG. Bien, me voy. Tanto más cuanto que de nada sirve... ¿Usted ignora, naturalmente, el paso que he dado contra los Helmer?

CRISTI. Se engaña usted; lo conozco.

KROG. ¿Y tenía usted el valor de...?

CRISTI. Sé lo que puede la desesperación en un hombre como usted.

KROG. ¡Oh! ¡Si pudiese deshacer mi obra!

CRISTI. Ya lo creo que puede: su carta está ahí todavía, en el buzón.

KROG. ¿De veras?

CRISTI. Lo sé; pero...

KROG. *(Mirándola fijamente.)* ¿Es esa la explicación? ¿Quería usted salvar a su amiga a toda costa? Haría usted mejor en confesarlo francamente. ¿Es así?

CRISTI. Krogstad, cuando una persona se ha vendido una vez por salvar a alguien, no reincide.

KROG. Voy a pedir la carta.

CRISTI. Nada de eso.

KROG. ¡Vaya! No faltaba más. Espero que vuelva Helmer y le digo que quiero recuperar mi carta..., que no trata más que de mi cesantía..., que no tiene para qué lerla...

CRISTI. No, Krogstad; usted no pedirá la carta.

KROG. Sin embargo..., ¿no es por eso realmente por lo que me ha hecho usted venir aquí?

CRISTI. En el primer momento de alarma, es cierto. Pero han pasado veinticuatro horas, y durante ese tiempo he visto ocurrir aquí cosas increíbles. Es

preciso que Helmer lo sepa todo : ese fatal misterio debe aclararse. Hace falta que se expliquen : basta de enigmas y de subterfugios.

KROG. Bien ; ¡ si usted lo toma por su cuenta !... Pero hay una cosa que de todos modos puedo hacer y que importa hacer inmediatamente, y es...

CRISTI. *(Escuchando.)* ¡ Despáchese usted ! ¡ Váyase !... El baile ha concluído : pueden sorprendernos...

KROG. Espero a usted abajo.

CRISTI. Bien. Me acompañará usted hasta la puerta de mi casa.

KROG. Nunca pensé en tamaña felicidad. *(Váse por la puerta exterior. La de la antecámara sigue abierta hasta el fin del acto.)*

ESCENA II

Cristina; luego *Helmer* y *Nora.*

CRISTI. *(Arregla un poco el cuarto y prepara su abrigo y su sombrero.)* ¡ Qué porvenir ! ¡ Qué nueva perspectiva ! Ya tengo por quién trabajar, por quién vivir ; tengo un hogar que cuidar. ¡ Ah ! Voy a empezar una nueva vida. *(Escuchando.)* Ahí vienen. Pronto, el abrigo. *(Coge su sombrero y su abrigo. Se oye la voz de Helmer y de Nora. Esta última entra casi a la fuerza, obligada por su marido. Lleva un traje italiano y chal. Helmer viste frac y va cubierto con un dominó.)*

NORA *(En la puerta, resistiéndose.)* No, no, no, no quiero entrar ; voy a subir otra vez ; no quiero retirarme tan pronto.

HELME. Vamos a ver, querida Nora.

NORA ¡ Ah, por favor, Torvaldo ! ¡ Te lo suplico !... ¡ Una hora más ?

HELME. Ni un minuto, Norita. Sabes lo estipulado. Vamos ; entra, te estás enfriando aquí. *(La obliga a entrar, a pesar de su resistencia.)*

CRISTI. Buenas noches.

NORA ¡ Cristina !

HELME. ¡ Cómo ! ¿ Es la señora? ¿ Usted aquí tan tarde?

CRISTI. Perdónenme ustedes ; ¡tenía tantas ganas de ver a Nora vestida !...

NORA ¿Me has esperado aquí todo este tiempo?

CRISTI. Sí. Vine demasiado tarde, desgraciadamente ; habías subido ya, y no he querido irme sin verte.

HELME. *(Quitando el chal a Nora.)* Entonces mírela bien. Me parece que vale la pena. ¿Está guapa, no es verdad, señora?

CRISTI. Guapísima.

HELME. Maravillosamente linda, ¿no es cierto? Era también la opinión de todo el mundo allá arriba. Pero ¡qué terca esta criaturita ! ¿Qué hacer contra eso? ¿Querrá usted creer que he tenido que sacarla del baile a la fuerza?

NORA ¡Ah, Torvaldo ! Te pesará el no haberme concedido media hora siquiera.

HELME. Figúrese usted, señora. Baila la tarantela ; alcanza un éxito loco y bien merecido, aunque acaso ha hecho alarde de excesiva naturalidad, es decir, de alguna más que la que exigían estrictamente las reglas del arte. Pero, en fin, lo principal es que ha tenido éxito, un éxito asombroso. ¿Debía yo dejarla permanecer allí después? Hubiera disminuído el efecto, y ¡en eso estaba yo pensando ! Cogí del brazo a mi linda chiquilla de Capri, a mi niña caprichosa, podría decir ; vuelta al salón en el acto ; saludos a derecha e izquierda, y, como se dice en las novelas... se desvaneció la bella sombra. En los desenlaces es indspensable siempre el efecto, señora, y es lo que no puedo hacer comprender a Nora. ¡Uf ! ¡Qué calor hace aquí ! *(Tira el dominó sobre una silla y abre la puerta de su cuarto.)* ¿Cómo? ¿No hay luz? ¡Ah !, es verdad ; usted dispense. *(Entra y enciende dos bujías.)*

NORA *(Muy bajo, precipitadamente.)* ¿Qué hay?

CRISTI. He hablado con él.

NORA ¿Y...?

CRISTI. Nora..., tienes que contárselo todo a tu marido.

NORA *(Con voz desfallecida.)* Lo sabía.

CRISTI. Nada tienes que temer de Krogstad, pero debes hablar.

NORA No hablaré.
CRISTI. Pues hablará la carta por ti.
NORA Gracias, Cristina. Ya sé ahora lo que me queda que hacer. ¡Chist!...
HELME. *(Entrando.)* ¿Con que la ha admirado usted bien, señora?
CRISTI. Sí, y ahora me despido de ustedes. Buenas noches, Nora, y no ser terca.
HELME. Bien dicho, señora.
CRISTI. Buenas noches, señor director.
HELME. *(Acompañándola hasta la puerta.)* Buenas noches, buenas noches; sabrá usted el camino, supongo. Yo con mucho gusto... ¡Pero es tan cerca!... Buenas noches, buenas noches. *(Váse Cristina. Helmer cierra la puerta y vuelve.)*

ESCENA III

Helmer y Nora.

HELME. ¡Gracias a Dios que se ha ido! Es fastidiosita la mujer.
NORA ¿No estás cansado, Torvaldo?
HELME. No; ni pizca.
NORA ¿Ni tienes sueño tampoco?
HELME. Nada, al revés: me encuentro despavilado por completo. Pero ¿y tú? Es verdad: tú tienes trazas de cansancio y de sueño.
NORA Sí; estoy muy fatigada. Tengo la seguridad de que me dormiré tan pronto caiga en la cama.
HELME. ¿Ves como tenía yo razón para no querer que nos estuviésemos más tiempo allí?
NORA Tú tienes siempre razón en todo lo que haces.
HELME. *(Besándola en la frente.)* Vamos, la alondra empieza a hablar como un libro. Pero dime: ¿has notado qué alegre estaba Rank?
NORA ¿Sí? No he tenido ocasión de hablarle.
HELME. Yo apenas le he hablado tampoco; pero hace mucho temipo que no lo había vsto de tan buen humor. *(La mira un instante y se acerca.)* ¡Pero qué bueno es volverse a encontrar uno en su

casa, estar solo contigo!... ¡Oh, qué hermosa, qué embriagadora mujercita!

NORA No me mires así, Torvaldo.

HELME. ¡No he de mirar mi más caro tesoro! ¡Este esplendor que es mío, nada más que mío, enteramente mío!

NORA *(Yéndose al otro lado de la mesa.)* No me hables así esta noche.

HELME. *(Siguiéndola.)* Aun te retoza la tarantela en la sangre, a lo que veo, y eso te hace más seductora. ¡Oye! Se retiran los invitados. *(Bajando la voz.)* Nora, dentro de poco la casa estará en silencio.

NORA Sí; así lo espero.

HELME. ¿Verdad, adorada Nora? ¡Oh! Cuando estamos en sociedad como esta noche..., ¿sabes por qué te hablo tan poco, por qué permanezco lejos de ti, contentándome con dirigirte alguna que otra mirada a hurtadillas? ¿Sabes por qué? Pues porque me gusta figurarme que eres mi amor secreto, mi joven, mi misteriosa prometida, y que todos ignoran nuestras relaciones.

NORA Sí, sí, sí, ya sé que todos tus pensamientos son para mí.

HELME. Y al salir, cuando te coloco el chal sobre esos hombros delicados y juveniles, cuando oculto esa nuca maravillosa, me figuro que eres mi joven desposada, que volvemos de la boda, que te conduzco por primera vez a mi casa, y que al fin vamos a estar solos... ¡Voy a estar solo contigo, con mi tierna beldad temblorosa! Toda esta velada no he hecho más que suspirar por ti. Cuando te vi hacer como que perseguías, cuando vi tus movimientos bailando la tarantela..., empezó a hervirme la sangre, no pude resistir y por eso te saqué tan precipitadamente...

NORA Torvaldo, déjame. No te pongas así.

HELME. ¿Cómo se entiende? Tú te burlas de mí, Norita. ¿Que no quieres, dices? ¿No soy tu marido?... *(Llaman a la puerta de fuera.)*

NORA *(Estremeciéndose.)* ¿Has oído?

HELME. *(Pasando a la antecámara.)* ¿Quién es?

ESCENA IV

Dichos y Rank.

RANK *(Desde dentro.)* Soy yo. ¿Puedo entrar un momento?

HELME. *(Malhumorado.)* ¿Qué se le ocurrirá a éste ahora? Espera un poco. *(Va a abrir.)* Vamos, es una atención que no pases por nuestra puerta sin llamar.

RANK Me pareció oír tu voz, y he querido entrar un momento. *(Dirigiendo una ojeada en torno suyo.)* He aquí el hogar familiar y querido. Vosotros disfrutáis en vuestra casa de paz y bienestar. ¡Qué felices sois!

HELME. Pues tú tampoco parecías estar allá muy a disgusto.

RANK Me divertía extraordinariamente. ¿Y por qué no? ¿Por qué no gozar de todo aquí en este mundo? Al menos mientras y hasta donde se pueda. El vino era exquisito.

HELME. Particularmente el champán.

RANG ¿Lo has notado tú también? Parece mentira lo que he bebido.

RANK ¿De veras?

NORA Sí; y con eso se pone siempre tan particular...

RANK ¡Qué caramba! ¿Por qué no ha de pasarse una buena noche después de un día bien empleado?

HELME. ¿Bien empleado? Hoy no puedo alabarme de eso.

RANK *(Dándole en el hombro.)* Pues yo sí, ¿lo entiendes?

NORA Doctor, usted ha debido estudiar hoy algún caso científico.

RANK Justamente.

HELME. ¡Hombre tiene gracia! ¡Norita hablando de casos científicos!

NORA ¿Y se le puede felicitar a usted por el resultado?

RANK Mucho que sí.

NORA ¿Un éxito?

RANK El mejor para el médico, lo mismo que para el enfermo: la certidumbre.

NORA *(Vivamente, con una mirada escudriñadora.)* ¿La certidumbre?

RANK Una certidumbre completa. Después de eso, creo que tenía derecho a pasar una alegre velada.

NORA Sin duda, doctor.

HELME. Opino lo mismo, siempre que no lo pagues mañana.

RANK No hay deuda que no se pague en esta vida.

NORA Doctor..., a usted le deben gustar mucho las máscaras.

RANK Sí; cuando se ven muchos trajes estrambóticos.

NORA Sepamos: ¿qué disfraz nos vamos a poner la vez primera usted y yo?

HELME. ¡La muy locuela! ¡Pues no está pensando ya en el próximo baile!

RANK ¿Usted y yo? Le diré: usted irá de mascota.

HELME. Bien; pero, a ver, un traje bonito de mascota.

RANK Pues que tu mujer se presente tal cual la vemos a diario.

HELME. ¡Mucho! Pero ¿y tú? ¿Tenes alguna idea sobre tu disfraz?

RANK Eso, amigo mío, es cosa resuelta.

HELME. Veamos.

RANK En el próximo baile de máscaras seré invisible.

HELME. ¡Vaya unas bromas!

RANK Hay un sombrerazo... ¿Has oído tú hablar de un sombrero que hace invisible a la persona? Se lo plantifica uno en la cabeza, y nadie lo ve.

HELME. *(Reprimiendo una sonrisa.)* Sí, sí; tienes razón.

RANK Pero olvidaba enteramente a lo que he venido. Helmer, dame un cigarro, uno de tus habanos negros.

HELME. Con mil amores. *(Le presenta la cigarrera.)*

RANK *(Cogiendo un cigarro y cortando la punta.)* Gracias.

NORA *(Encendiendo una cerilla.)* Permítame que le dé fuego.

RANK Gracias. *(Nora acerca la cerilla y él enciende.)* Y ahora, ¡adiós!

HELME. Adiós, adiós, amigo mío.

NORA Que duerma usted bien, doctor.
RANK Agradezco a usted su buen deseo.
NORA Deséeme usted otro tanto.
RANK ¿A usted? ¡Vaya! Puesto que usted lo quiere, que duerma usted bien. Y gracias por el fuego. *(Los saluda con un movimiento de cabeza y váse.)*

ESCENA V

Helmer y *Nora*. Después *Elena*.

HELME. *(Conteniendo la voz.)* Ha bebido demasiado.
NORA *(Distraída.)* Es muy posible. *(Helmer saca sus llaves del bolsillo y pasa a la antecámara.)* ¿Qué vas a hacer, Torvaldo?
HELME. Desocupar el buzón; está atestado y no va a haber sitio para los periódicos mañana por la mañana.
NORA ¿Vas a trabajar esta noche?
HELME. Sabes que no... ¿Qué veo? ¿Han andado en la cerradura?
NORA ¿En la cerradura?
HELME. No hay duda. ¿Qué significa esto? No puedo creer que las muchachas... Aquí hay un trozo de horquilla. Nora, es una de las tuyas.
NORA *(Con viveza.)* Quizá los niños...
HELME. Pues es necesario que les quites esa costumbre. ¡Hum! Vamos, ya he conseguido abrirla. *(Saca el contenido del buzón y llama.)* ¿Elena?... ¡Elena, apague usted la luz de la entrada! *(Entra con las cartas en la mano y cierra la puerta de la antecámara.)* Mira cuántas había. *(Examina los sobres.)* ¿Qué es esto?
NORA *(En la ventana.)* ¡Esa carta!... ¡No, no, Torvaldo!
HELME. Dos tarjetas de visita... de Rank.
NORA ¿Del doctor?
HELME. *(Mirándolas.)* «Rank, doctor en Medicina.» Estaban encima de las cartas...; las habrá echado al salir.
NORA ¿Tienen algo escrito?

HELME. Hay una cruz grande encima del nombre. Mira. ¡Vaya una broma de más pésimo gusto! Es como si diese parte de su propia muerte.

NORA Es lo que hace en realidad.

HELME. ¿Qué? ¿Sabes alguna cosa? ¿Te ha dicho algo?

NORA Sí. Las tarjetas significan que se ha despedido de nosotros para siempre. Quiere encerrarse para morir.

HELME. ¡Pobre amigo mío! Ya sabía yo que no lo había de conservar mucho tiempo. ¡Pero tan pronto!.. Y va a esconderse como un animal herido.

NORA Si ha de suceder, vale más que sea sin mediar una palabra. ¿Verdad, Torvaldo?

HELME. *(Paseando.)* Se había hecho como de la familia. No puedo acostumbrarme a la idea de su pérdida. Con sus sufrimientos y su genio retraído constituía como un fondo de sombra en el cuadro soleado de nuestra felicidad... En fin, quizá sea mejor... Al menos para él. *(Se detiene.)* Y acaso también para nosotros. Nora. Ahora henos aquí consagrados exclusivamente el uno al otro. *(La coge entre los brazos.)* ¡Ah, mujercita adorada! Nunca te abrazaré bastante. Mira, Nora..., muchas veces quisiera verte amenazada de algún peligro para poder exponer mi vida, para dar mi sangre, para arriesgarlo todo, todo por protegerte.

NORA *(Desprendiéndose, con voz firme y resuelta.)* Ahora lee las cartas, Torvaldo.

HELME. No, no; esta noche, no... Quiero consagrarme a ti, idolatrada mujercita.

NORA ¿Con la idea de esa muerte de tu amigo?

HELME. Tienes razón. A los dos nos ha afectado. Se ha interpuesto entre nosotros una cosa repulsiva: la idea de la muerte y de la disolución. Tenemos que hacer lo necesario por emanciparnos de ella. Hasta entonces... nos retiraremos cada uno a nuestro aposento.

NORA *(Arrojándose a su cuello.)* ¡Buenas noches, Torvaldo...; buenas noches!

HELME. *(Besándola en la frente.)* Buenas noches, avecilla canora. Duerme en paz. Voy a repasar las cartas

(Pasa a su habitación, llevándose las cartas, y cierra la puerta.)

NORA *(Tanteando alrededor de sí, con ojos extraviados, coge el dominó de Helmer y se cubre con él, diciendo con voz breve, estertorosa y sacudida:)* ¡No volver a verlo jamás! ¡Jamás, jamás, jamás! ¡Y los niños!... ¡No volverlos a ver a ellos tampoco!... ¡Oh! Aquel agua helada, negra..., aquel abismo..., aquel abismo sin fondo... ¡Ah! ¡Si siquiera hubiese pasado ya!... Ahora la coge, la lee. No, no; todavía no. ¡Adiós, Torvaldo!... ¡Adiós, hijos! *(Se precipita hacia la puerta. En el mismo momento, Helmer abre violentamente la de su habitación, y aparece con una carta en la mano.)*

HELME. ¡Nora!

NORA *(Lanzando un grito penetrante.)* ¡Ah!

HELME. ¿Qué significa esto? ¿Sabes lo que dice esta carta?

NORA Sí, lo sé. ¡Déjame marchar! ¡Déjame salir!

HELME. *(Deteniéndola.)* ¿Dónde vas?

NORA *(Tratando de desasirse.)* No has de salvarme, Torvaldo.

HELME. *(Retrocediendo.)* ¡Luego es cierto! ¿Dice la verdad esta carta? ¡Horror! ¡No, no es posible; no puede ser!

NORA ¡Es la verdad! Te he amado más que a todo en el mundo.

HELME. ¡Dejémonos de eso ahora!

NORA *(Dando un paso hacia él.)* ¡Torvaldo!...

HELME. ¡Desgraciada! ¿Qué has tenido valor de hacer?

NORA Déjame marchar. Tú no has de cargar con el peso de mi falta; tú no has de responder por mí.

HELME. ¡Basta de comedias! *(Cierra la puerta de la antecámara.)* Te quedarás aquí, y me darás cuenta de tus actos. ¿Comprendes lo que has hecho? Di, ¿lo comprendes?

NORA *(Le mira con expresión creciente de rigidez y dice con voz opaca:)* Sí; ahora empiezo a comprender el fondo de las cosas.

HELME. *(Paseándose agitado.)* ¡Oh, terrible despertar! ¡Durante ocho años... ella, mi alegría y mi or-

gullo..., una hipócrita, una farsante... ; todavía peor : una criminal ! ¡ Qué abismo de deformidad ! ¡ Qué horror ! *(Parándose ante Nora, que sigue muda y le mira fijamente.)* Yo hubiera debido presentir que ocurriría alguna cosa de esta índole. Hubiera debido preverlo. Con la frivolidad de principios de tu padre... Y tú has heredado esos principios. Falta de religión, falta de moral, falta de todo sentimiento del deber... ¡ Oh ! ¡ Bien castigado me encuentro por haber tendido un velo sobre tu conducta ! Lo hice por ti, y ese es el pago que me das.

NORA Sí, ése.

HELME. Acabas de destruir mi felicidad, de aniquilar todo mi porvenir. No puedo pensarlo sin estremecerme. Heme aquí a la merced de un hombre sin conciencia ; puede hacer conmigo todo lo que le plazca, pedirme lo que quiera, disponer y mandar lo que guste, sin que yo me atreva a respirar. Así, puedo verme reducido a la impotencia, echado a pique por la ligereza de una mujer.

NORA Cuando yo haya abandonado este mundo serás libre.

HELME. ¡ Ah ! Déjate de expresiones huecas. Tu padre tenía también todo un depósito de ellas. ¿Qué adelantaría yo con que tú abandonases este mundo, como dices? Nada. A pesar de eso, podría trascender el caso, y entonces quizá se sospechase que yo había sido cómplice de tu criminal acción. Podría suponerse que yo fuí el instigador, el que te indujo a hacerlo. Y esto te lo debo a ti, a ti a quien he paseado en brazos a través de toda nuestra vida conyugal. ¿Comprendes ahora lo que has hecho?

NORA *(Tranquila y fría.)* Sí.

HELME. Todo eso es tan increíble, que no vuelvo de mi asombro. Pero hay que adoptar una resolución. *(Pausa.)* Quítate ese dominó. ¡ Que te lo quites, digo ! *(Pausa.)* Tengo que complacerlo de una o de otra manera. Se trata de echar tierra al asunto a todo trance. Y por lo que respecta a nosotros, como si nada hubiese variado. Por su-

puesto, hablo sólo de las apariencias. Por consiguiente, seguirás viviendo aquí, no hay para qué decirlo. Pero te estará prohibido educar a los niños... ; no me atrevo a confiártelos. ¡ Ah, tener que hablar así a quien tanto he querido y a quien aun !... En fin, todo eso pasó, no hay más remedio. En lo sucesivo no hay que pensar ya en la felicidad, sino únicamente en salvar restos, ruinas, apariencias... *(Llaman a la puerta exterior. Helmer se estremece.)* ¿Qué es esto? ¡ Tan tarde ! ¡ Maldición ! ¿Será ya...? ¿Habrá ese hombre...? ¡ Escóndete, Nora ! Di que estás enferma. *(Nora no se mueve. Helmer va a abrir la puerta.)*

ELENA *(A medio vestir, en la antecámara.)* Una carta para la señorita.

HELME. Démela usted. *(Coge la carta y cierra la puerta.)* Sí ; es de él ; pero no te la entregaré. Quiero leerla yo mismo.

NORA Léela.

HELME. *(Aproximándose a la lámpara.)* Apenas tengo valor Quizá estamos cogidos uno y otro. No ; es necesario que yo lo sepa. *(Abre apresuradamente la carta, recorre algunas líneas, examina un papel adjunto y profiere una exclamación de alegría.)* ¡ Nora ! *(Nora interroga con la mirada.)* ¡ Nora !... ¡ No, volvamos a leer !... ¡ Sí, eso es ! ¡ Estoy salvado ! ¡ Nora, me he salvado !

NORA ¿Y yo?

HELME. Tú también, como es natural. Nos hemos salvado los dos. Mira. Te devuelve el recibo. Dice que lamenta, que se arrepiente... Un suceso feliz que acaba de trocar su existencia... ¡ Eh ! Lo que menos importa es lo que escribe. ¡ Estamos salvados, Nora ! Ya nadie puede perjudicarte. ¡ Ah ! Nora, Nora... No ; destruyamos ante todo estas abominaciones. Déjame ver... *(Dirige una mirada al recibo.)* No, no quiero ya mirar nada ; me figuraré que he tenido una pesadilla, y se acabó. *(Rompe las dos cartas y el recibo, lo tira todo a la chimenea y mira arder los pedazos.)* ¡ Ea, todo ha desaparecido ! Te decía que desde

la víspera de Navidad tú... ¡Oh! ¡Qué de prueba han debido ser para ti estos tres días, Nora!

NORA Durante estos tres días he sostenido una lucha violenta.

HELME. Y te has desesperado; no veías más camino que... No, no conservaremos ningún recuerdo de todos estos sinsabores. Vamos a celebrar nuestra liberación repitiendo continuamente: «Se ha concluído, se ha concluído». Pero óyeme, Nora; parece que no me entiendes; digo que se ha concluido. ¡Vamos! ¿Qué significa esta seriedad! ¡Oh, pobrecilla Nora, ya caigo... No aciertas a creer que te perdono. Pues créelo, Nora; te lo juro; está perdonado todo. Yo sé bien que todo lo que has hecho lo has hecho por amor a mí.

NORA Es verdad.

HELME. Me has querido como una mujer debe amar a su marido. Lo que hay es que vacilabas en la elección de los medios. Pero ¿crees tú que te quiero menos porque no sepas guiarte a ti misma? No, no; descansa en mí; no te faltará ayuda y dirección. Dejaría yo de ser hombre si tu capacidad de mujer no te hiciese doblemente seductora a mis ojos. Olvida las palabras duras que te dije en los primeros momentos de terror, cuando creía que todo iba a desplomarse sobre mí. Te he perdonado, Nora; te juro que te he perdonado.

NORA Gracias por tu perdón. *(Vase por la puerta de la derecha.)*

HELME. No, qué date aquí... *(La sigue con los ojos.)* ¿A qué vas a la alcoba?

NORA *(Desde su cuarto.)* Para quitarme este traje de máscara.

HELME. *(Cerca de la puerta, que ha quedado abierta.)* Bien, descansa, trata de reanimar tu espíritu, de reponerte de esta alarma, pajarillo azorado. Reposa tranquilamente, y piensa en que tengo amplias alas para cobijarte. *(Andando sin alejarse de la puerta.)* ¡Oh, qué pacífico y encantador hogar el nuestro, Nora! Aquí estás en seguro; te guardaré como si fueses una paloma recogida por mí después de sacarla sana y salva de las garras del

gavilán. Yo sabré calmar tu pobre corazón palpitante. Lo conseguiré poco a poco ; créeme, Nora. Mañana lo verás todo de otra manera. Todo se guirá como antes. No necesitaré repetirte a cada instante que te he perdonado, porque tú misma lo comprenderás indudablemente. ¿Cómo puedes creer que vaya yo a rechazarte ni a hacerte cargos siquiera? ¡ Ah, tú no sabes lo que es un verdadero corazón de hombre ! ¡ Es tan dulce, es tan grato para la conciencia de un hombre perdonar sinceramente desde el fondo de su ocrazón !... No es ya su mujer lo único que ve entonces en el ser perdonado, sino también su hija. Así te me aparecerás tú en el porvenir, criatura extraviada, sin brújula. No te preocupes de nada, Nora ; sé franca conmigo nada más, y yo haré las veces para ti de voluntad y de conciencia. ¡ Calla ! ¿No te has acostado? ¿Te has vuelto a vestir?

NORA *(Con su ropa de diario.)* Sí, Torvaldo ; me he vuelto a vestir.

HELME. ¿Y para qué, a estas horas?

NORA No pienso dormir esta noche.

HELME. ¡ Pero, querida Nora !...

NORA *(Mrando su reloj.)* No es muy tarde todavía. Siéntate, Torvaldo. Tenemos que hablar. *(Siéntase junto a la mesa.)*

HELME. Nora... ¿qué significa esto? Ese aire de gravedad...

NORA Siéntate. La conversación será larga. Tenemos mucho que decirnos.

HELME. *(Sentándose enfrente de ella.)* Me tienes intranquilo, Nora. No te comprendo.

NORA Dices bien ; no me comprendes. Ni yo a ti tampoco te he comprendido a ti hasta... esta noche. No me interrumpas. Oye lo que te digo... Se trata de que ajustemos nuestras cuentas.

HELME. ¿En qué sentido?

NORA *(Después de una pausa.)* Henos aquí el uno enfrente del otro. ¿No te llama la atención una cosa?

HELME. Explícate.

NORA Hace ocho años que nos casamos. Reflexiona un momento ; ¿no es ahora la vez primera que nos-

otros dos, marido y mujer, hablamos a solas seriamente?

HELME. Seriamente, sí... ¿Por qué?

NORA Ocho años han pasado... y más aún, desde que nos conocemos, y jamás se ha cruzado entre nosotros una palabra seria sobre un asunto importante.

HELME. ¿Es que iba yo a hacerte partícipe de mis preocupaciones sabiendo que no podías quitármelas?

NORA No hablo de preocupaciones. Lo que quiero decir es que nunca ni en nada hemos tratado de mirar en común al fondo de las cosas.

HELME. Pero vamos a ver, querida Nora, ¿era esa ocupación propia para tí?

NORA ¡He ahí el caso! Tú no me has comprendido nunca... Habéis sido muy injustos conmigo, papá primero y tú después.

HELME. ¡Cómo! ¡Los dos!... Pero ¿hay nadie que te haya querido más que nosotros?

NORA *(Moviendo la cabeza.)* Jamás me quisisteis. Os parecía agradable estar en adoración delante de mí; ni más ni menos.

HELME. Vamos a ver, Nora. ¿Qué significa este lenguaje?

NORA Lo que te digo, Torvaldo. Cuando estaba con papá, él me exponía sus ideas, y yo las seguía. Si tenía otras por mi cuenta, las ocultaba; porque no le hubiera gustado. Me llamaba su muñequita, y jugaba conmigo como yo con mis muñecas. Después vine a tu casa...

HELME. Empleas unas expresiones muy singulares para hablar de nuestro matrimonio.

NORA *(Sin cambiar de tono.)* Quiero decir que de manos de papá pasé a las tuyas. Tú lo arreglaste todo a tu gusto, y yo participaba de tu gusto, o lo daba a entender; no lo puedo decir con certeza; tal vez lo uno y lo otro. Ahora, dirigiendo una mirada retrospectiva, me parece que he vivido aquí como los pobres..., al día. He vivido de las piruetas que hacía para tu recreo, Torvaldo. Pero entraba eso en tus fines. Tú y papá habéis sido

muy culpables conmigo. De vosotros es la responsabilidad de que yo no sirva para nada.

HELME. Eres incomprensible, Nora; incomprensible e ingrata. ¿No has sido feliz aquí?

NORA Nunca. Creía serlo, pero no lo he sido jamás.

HELME. ¡Que no..., que no has sido feliz!

NORA No; estaba alegre; eso es todo. ¡Eras tan amable conmigo!... Pero nuestra casa no fué más que un salón de recreo. He sido muñesa grande en tu casa, como fuí muñeca pequeña en casa de mi papá. Y nuestros hijos, a su vez, han sido mis muñecas. A mí me hacía gracia verte jugar conmgio, como a los niños les divertía verme jugar con ellos. He ahí lo que ha sido nuestra unión, Torvaldo.

HELME. Algo hay de verdad en lo que dices...; pero exageras y abultas mucho. Sin embargo, en adelante cambiará todo. Ha pasado el tiempo de recreo; ahora viene el de la educación.

NORA ¿La educación de quién? ¿La mía o la de los niños?

HELME. Las dos, querida Nora.

NORA ¡Ay, Torvaldo! No eres tú hombre para educarme, para hacer de mí la verdadera esposa de que necesitas.

HELME. ¿Y eres tú quien dice eso?

NORA Y en cuanto a mí... ¿qué preparación tengo para educar a los niños?

HELME. ¡Nora!

NORA ¿No lo decías tú hace poco?... ¿No decías que es una tarea que no te atreves a confiarme?

HELME. Lo he dicho en un momento de irritación. ¿Ahora vas a hacer incapié en eso?

NORA ¡Dios mío! ¡Si es que dijistes la verdad! Es una tarea superior a mis fuerzas. Hay otra cosa a que debo atender, desde luego. Quiero pensar, ante todo, en educarme a mí misma, y ese trabajo no puedes facilitármelo tú. Tengo que emprenderlo yo sola. Por eso voy a dejarte.

HELME. *(Levantándose de un salto.)* ¡Cómo! ¿Qué dices?

NORA Necesito estar sola para darme cuenta de mí mis-

ma y de todo lo que me rodea; así es que no puedo permanecer contigo.

HELME. ¡Nora! ¡Nora!

NORA Quiero marcharme en el acto. No me faltará albergue para esta noche en casa de Cristina.

HELME. ¡Has perdido la razón! No tienes el derecho de marcharte. Te lo prohibo.

NORA Tú no puedes prohibirme nada de aquí en adelante. Me llevo todo lo mío. De ti no quiero recibir nada ni ahora ni nunca.

HELME. Pero ¿qué locura es esa?

NORA Mañana salgo para mi país... Allí podré vivir con más facilidad.

HELME. ¡Qué ciega eres, pobre criatura sin experiencia!

NORA Ya procuraré adquirirla, Torvaldo.

HELME. ¡Abandonar tu hogar, a tu marido y a tus hijos!... ¿No piensas en lo que se dirá?

NORA No puedo pensar en eso. Yo sólo sé que es eso indispensable para mí.

HELME. ¡Ah! ¡Esto es irritante! ¿De modo que faltarás a tus deberes más sagrados?

NORA ¿A qué llamas tú mis deberes más sagrados?

HELME. ¿Necesito decírtelo? ¿No son tus deberes para con tu marido y tus hijos?

NORA Tengo otros no menos sagrados.

HELME. No los tienes. ¿Cuáles son? ¡Veamos!

NORA Mis deberes para conmigo misma.

HELME. Ante todo eres esposa y madre.

NORA No creo ya en eso. Creo que ante todo soy un ser humano con los mismos títulos que tú..., o, por lo menos, quiero tratar de serlo. Sé que la mayoría de los hombres opinarán como tú, Torvaldo, y que esas ideas andan impresas en los libros. Pero ahora no puedo pensar en lo que dicen los hombres y en lo que se imprime en los libros. Es menester que yo misma forme mi opinión sobre esto y trate de darme cuenta de todo.

HELME. ¡Qué! ¿No te das cuenta de tu puesto en el hogar? ¿No tienes un guía infalible en estas cuestiones? ¿No tienes la religión?

NORA ¡Ay, Torvaldo! No sé, a punto fijo, lo que es la religión.

HELME. ¿Que no sabes lo que es?

NORA No sé más que lo que me dijo el pastor Hansen al prepararme para la confirmación. La religión es esto, aquéllo y lo de más allá. Cuando me encuentre sola y libre, examinaré esa cuestión como una de tantas. Veré si el pastor decía la verdad, o si lo que me dijo era verdad respecto a mí.

HELME. ¡Oh! ¡Eso!... ¡Eso es increíble en una mujer tan joven! Pero, si no puede guiarte la religión, déjame al menos sondear tu conciencia. Porque ¿supongo que poseerás al menos sentido moral? ¿O es que también te falta? Responde.

NORA ¡Qué quieres, Torvaldo! Me es difícil contestarte. No sé. No veo claro en nada de eso. No sé más que una cosa, y es que mis ideas son completamente distintas de las tuyas. Veo también que las leyes no son las que yo creía; pero, en cuanto a que esas leyes sean justas, eso ya no puedo comprenderlo. ¡No tener derecho una mujer a ahorrar una preocupación a un padre anciano y moribundo, ni a salvar la vida de su marido! ¡Eso no es posible!

HELME. Hablas como una niña. No comprendes nada de la sociedad de que formas parte.

NORA No, no comprendo nada. Pero quiero conseguirlo y cerciorarme de parte de quién está la razón: si de la sociedad o de mí.

HELME. Tú estás mala, Nora; tienes fiebre, y aun casi diría que no estás en tu juicio.

NORA Me encuentro esta noche más despejada y más segura de mí que nunca.

HELME. ¿Y con esa seguridad y esa lucidez abandonas a tu marido y a tus hijos?

NORA Sí.

HELME. Eso no tiene más que una explicación.

NORA ¿Cuál?

HELME. ¡Que ya no me amas!

NORA Así es; he ahí, en efecto, la razón de todo.

HELME. ¡Nora!... ¿Y me lo dices así?...

NORA Bien lo siento, Torvaldo, porque has sido siempre muy bueno conmigo... Pero ¿qué he de hacerle? No te amo ya.

HELME. *(Esforzándose por conservarse sereno.)* De eso, por supuesto, ¿estás perfectamente convencida?

NORA En absoluto. Y por eso no quiero estar más aquí.

HELME. ¿Y puedes explicarme cómo he perdido tu amor?

NORA Sencillamente. Ha sido cosa de esta misma noche, al ver que no se realizaba el prodigio esperado. Entonces he comprendido que no eras el hombre que yo creía.

HELME. Explicate. No te entiendo.

NORA Durante ocho años he esperado pacientemente. Ya sabía de sobra, Dios mío, que los prodigios no son cosas de todos los días. Llegó al fin este momento de angustia. Entonces me dije con seguridad: «Ahora viene el prodigio.» Mientras la carta de Krogstad estuvo en el buzón, no pensé ni por un minuto que pudieses doblegarte a las exigencias de ese hombre. Creía firmemente que le dirías: «Vaya usted a pregonarlo todo.» Y cuando eso hubiera ocurrido...

HELME. ¡Ah, sí!... Cuando yo hubiese entregado a mi mujer a la vergüenza y al menosprecio...

NORA Cuando eso hubiese ocurrido, tenía la completa seguridad de que te ibas a presentar a responder de todo, diciendo: «Yo soy el culpable.»

HELME. ¡Nora!

NORA Vas a decir que yo no hubiera aceptado tal sacrificio. Verdad. Pero ¿de qué hubiese servido mi afirmación al lado de la tuya?... ¡Pues bien! Ese era el prodigio que yo esperaba con terror, y para evitarlo quería morir.

HELME. Nora, con gusto hubiese trabajado por ti día y noche y hubiese sufrido toda clase de privaciones y de penalidades. Pero no hay nadie que ofrezca su honra por el ser amado.

NORA Lo han hecho millares de mujeres.

HELME. ¡Eh! Piensas como una niña, y hablas del mismo modo.

NORA Puede ser. Pero tú no discurres ni hablas como un hombre a quien yo pueda seguir. Una vez tranquilizado, no en cuanto al peligro que me amenazaba, sino al que corrías tú..., todo lo olvidaste. Volví a ser tu avecilla canora, la muñe-

quita que estabas dispuesto a llevar en brazos como antes, y con más precauciones que nunca al descubrir que era más frágil. *(Levantándose.)* Escucha, Torvaldo: en aquel instante me pareció que había vivido ocho años en esta casa con un extraño y que había tenido tres hijos de él. ¡Ah! ¡No quiero pensarlo siquiera, porque me dan tentaciones de desgarrarme en mil pedazos!

HELME. *(Sordamente.)* Lo veo, ¡ay!, ya lo veo. Se ha abierto entre nosotros un abismo. Pero di si no puede colmarse, Nora.

NORA Tal y como yo soy ahora no puedo ser tu mujer.

HELME. Yo no tengo poder para transformarme.

NORA Quizá... si te quitan tu muñeca.

HELME. ¡Separarme..., separarme de ti! No, no, Nora, no puedo resignarme a esa idea.

NORA *(Dirigiéndose hacia la puerta de la derecha.)* Razón de más para terminar. *(Vase y vuelve con el abrigo, el sombrero y un saquito de viaje, que* deja en una silla cerca del velador.)

HELME. Nora, todavía no, todavía no. Espera a mañana.

NORA *(Poniéndose el abrigo.)* No puedo pasar la noche bajo el techo de un extraño.

HELME. ¿Pero no podemos seguir viviendo juntos como hermanos?

NORA *(Poniéndose el sombrero.)* Bien sabes tú que eso no duraría mucho. *(Echándose el chal sobre los hombros.)* Adiós, Torvaldo. No quiero ver a los niños. Sé que están en mejores manos que las mías. En mi situación actual... no puedo ser una madre para ellos.

HELME. Pero ¿algún día, Nora...; un día?

NORA No puedo decirte nada. Ignoro lo que será de mí.

HELME. Pero, sea de ti lo que quiera, eres mi esposa.

NORA Oye, Torvaldo. Cuando una mujer abandona el domicilio conyugal, como hago yo ahora, las leyes, según tengo entendido, eximen al marido de toda obligación hacia ella. De cualquier modo yo te doy por eximido. No es cosa de que tú quedes encadenado no estándolo yo. Libertad plena por ambas partes. Mira, aquí tienes tu anillo. Devuélveme el mío.

HELME. ¿También eso?
NORA Sí.
HELME. Toma.
NORA Gracias. Ahora todo ha concluído. Ahí tienes las llaves. Por lo que hace a la casa, la doncella está al corriente de todo... mejor que yo. Mañana, después de mi marcha, vendrá Cristina a arreglar en un baúl todo lo que traje al venir aquí. Quiero que se me envíe.
HELME. ¡Todo ha termina ' ¿No quieres volver a pensar en mí jamás, ora?
NORA Seguramente que pensaré frecuentemente en ti, y en los niños, y en la casa.
HELME. ¿Puedo escribirte, Nora?
NORA ¡No; jamás! Te lo prohibo.
HELME. ¡Oh! Pero ¿no puedo enviarte!...
NORA Nada, nada.
HELME. ¿Ayudarte, si lo necesitas?...
NORA ¡Te digo que no! No acepto nada de un extraño.
HELME. Nora... ¿Ya no seré nunca más que un extraño para ti?
NORA *(Cogiendo el saco de viaje.)* ¡Ah, Torvaldo! Se necesitaría para el mayor de los prodigios.
HELME. Di cuál.
NORA Necesitaríamos transformarnos los dos hasta el punto... ¡Ay, Torvaldo! ¡Si es que no creo ya en los prodigios!
HELME. Pues yo sí quiero creer. Di: ¿deberíamos transformarnos los dos hasta el punto de?...
NORA Hasta el punto de que nuestra unión se convirtiese en verdadero matrimonio. Adiós. *(Se oye cerrar la puerta de la casa.)*
HELME. *(Dejándose caer en una silla cerca de la puerta y tapándose la cara con las manos.)* ¡Nora, Nora! *(Levanta la cabeza y mira en torno de sí.)* ¡Se fué, se fué! ¡No verla más!... *(Con un vislumbre de esperanza.)* ¡El mayor de los prodigios!... *(Vase por la puerta de la casa.)*

TELÓN

PM